Daniel Calabrese

Ruta Dos

Prólogo de Raúl Zurita



Colección Visor de Poesía

DANIEL CALABRESE (Dolores, Argentina, 1962) es autor de *La faz errante* (Premio Alfonsina, 1990), *Futura Ceniza* (1994), *Escritura en un ladrillo* (1996), *Singladuras* (1997), *Oxidario* (Premio del Fondo Nacional de las Artes, 2001), y *Ruta Dos* (Premio Revista de Libros, 2013). Traducido y editado parcialmente en inglés, italiano, y japonés. Es fundador y director de *Ærea, Revista Hispanoamericana de Poesía*. Reside actualmente en Santiago de Chile.

«Con un lenguaje contenido, preciso, de una belleza que jamás cede al alarde, como las corrientes de esos grandes estuarios que por su enorme caudal apenas parecen moverse, pero que pueden arrasar con todo cuando se intenta detenerlos, *Ruta Dos* confirma que la obra de Daniel Calabrese se cuenta entre las más rotundas y sobresalientes. Junto con otras cumbres, es una ratificación de la potencia y originalidad de la poesía latinoamericana actual, de su impresionante capacidad de renovación, de su magistralidad dolorosa e imponente».

RAÚL ZURITA

ISBN 978-84-9895-297-1



VISOR POESÍA



RUTA DOS

DANIEL CALABRESE

RUTA DOS

VISOR LIBROS

VOLUMEN CMXCVII DE LA COLECCIÓN VISOR DE POESÍA

1ª edición en Aguilar, Santiago de Chile, abril 2013
2ª edición en Fili d'Aquilone, italiano-español, Roma, julio 2015
3ª edición en esta colección, abril 2017

Cubierta: Aleksandar Andric

© Daniel Calabrese

© VISOR LIBROS
Isaac Peral, 18 - 28015 Madrid
www.visor-libros.com

ISBN: 978-84-9895-297-1
Depósito Legal: M-11866-2017

Impreso en España - Printed in Spain
Gráficas Muriel. C/ Investigación, n.º 9. P. I. Los Olivos - 28906 Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (http://www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

PALABRAS PARA *RUTA DOS*

Límpidos, heridos y a menudo maestros, desplegados en una de las secuencias más notables de la poesía de hoy, los poemas de *Ruta Dos* de Daniel Calabrese son, antes que nada, un triunfo de la poesía entendida como un arte no de las palabras sino de lo que nunca han podido decirnos las palabras.

Este libro va trazando un itinerario que es a la vez geográfico y mental, biográfico y metafísico, para alzarse en última instancia como una gran metáfora de la vida, del viaje y, por ende, del extravío.

Inspirado en un paisaje concreto, lo atraviesa una extraña religiosidad, una suerte de nostalgia de un lugar inexistente y de un tiempo al que ya no se regresará nunca, como nunca uno se baña dos veces en el mismo río. Esa radical imposibilidad está en el origen común de la utopía, del sueño y de la desgracia.

Con un lenguaje contenido, preciso, de una belleza que jamás cede al alarde, como las corrientes de esos grandes estuarios que por su enorme caudal apenas parecen moverse, pero que pueden arrasar con todo cuando se intenta detenerlos, *Ruta dos* confirma que la obra de Daniel Calabrese se cuenta entre las más rotundas y sobresalientes. Junto con otras cumbres, es una ratificación de la potencia y originalidad de la poesía latinoamericana actual, de su impresionante capacidad de renovación, de su magistralidad dolorosa e imponente.

Raúl Zurita

Con Eleonora Finkelstein,
porque todo lo que sucede
sucede entre nosotros.

A mi costado derecho

A mi costado izquierdo

A modo de Proemio
deben saber que:

La única piedra en este camino
es la luna.

Los pasajeros que viajen por primera vez
estarán dispuestos a permanecer en silencio.

Primer tramo

Kilómetro 207

MÉTODO PARA CALCULAR EL TIEMPO

Los que viven a este lado de la ruta
saben de compensaciones:
cada vez que alguien pasa rumbo al Sur
anotan la hora exacta
y dejan caer una piedra en el vacío del ser.

Quienes viven del otro lado
conocen la polaridad:
cada vez que alguien pasa en sentido contrario,
de regreso,
anotan lo mismo,
pero sacan una piedra del vacío del ser.

Así unos llenan su vacío
y otros lo despejan.

Cada cierto tiempo,
los que han llenado su vacío
cruzan por el puente viejo (que era nuevo)
y esperan con paciencia
a que pasen los regresadores del Sur,
uno tras otro,
hasta que el vacío es total.

EL AHOGADO

Deseo aclarar que no fue en un río
sino en la misma tierra donde me ahogué.

El único río que llevo en la memoria
es un estremecimiento
donde las pequeñas cosas se hunden
aunque nunca llegan a desaparecer.

A veces,
se hunden antes de que pase el río.

Y su pedido de auxilio
siempre
llega tarde.

PRODIGIO

El trabajo de este día consiste
en llevar una piedra de aquí para allá.
Es una roca muy pesada,
más que un buey,
más que una bolsa cargada de lluvia.
Es un agujero prehistórico,
un espejo negro
a punto de tragarse el mundo.

El trabajo de este día consiste
en alzar esa piedra y depositarla
suavemente en el medio del camino
para que se detengan los ciclistas,
se detenga la música de fondo,
se detenga la Ruta Dos
a la hora señalada por las arterias rojas.

Y cuando todo esté detenido,
entorpecido por la piedra,
detenidas las generaciones ilustradas y piadosas,
detenido el amor entre las cosas naturales
y las cosas manifiestas,
el trabajo, entonces,
consistirá en sacarla de ese lugar,
levantar nuevamente la piedra, con los ojos cansados,

y enterrarla por ahí, en la nada,
en ese lago de cerrada indiferencia
donde cruje la cama, alumbra el televisor,
brillan los motores,
cae el vino adentro de la luz,
se pudren la memoria y las conversaciones tristes,
y se hunden, con la piedra,
en la más completa extinción.

LA CONSTRUCCIÓN DEL PUENTE

Hicimos un viejo puente, que era nuevo.

Lo hicimos con dos brazos, una voz de cortesía
y el cerebro nipón que todos tenemos
en algún lugar del cráneo.

Lo hicimos con celulosa helicoidal,
con un haz de tubos recortados y más
y más especialización.

Hicimos un puente viejo, que era nuevo,
y nos paramos encima.

El viento cruza, ahora, por allí,
nos da en la cara.
También corre por debajo la Ruta Dos
y atraviesa un espejo curvo
que es la matriz del mundo.

Una vez parados encima
vemos desfilar a los seres vivos.
Es fácil reconocerlos porque vienen
de los campos y de las ciudades.

Vemos, además, a los muertos,
que también proceden de los campos,
y de las ciudades, pero no llevan prisa.

EL UMBRAL DONDE EL IDIOTA SE REÍA

En la esquina del café Vox,
que cerró y violentamente abrió con otro nombre,
está el idiota sentado, mirando la vereda.

Tiene un clavo entre las manos,
que usa como aguja de bordar en sus pantalones.

Mete el clavo en la tela
y lo retira
y lo mete en la tela azul
y lo retira
y lo mete con saña entre fibras que se van rompiendo
y lo retira
y lo vuelve a meter
y lo retira.

Levanta sus ojos vacíos,
mete ese clavo que tiene un poco de óxido en la cabeza
y lo retira.

La palabra «momento» se escapa de un televisor
y cruza la vereda sobre la cara del idiota
que retira el clavo del pantalón deshilachado.
Lo mete y se ríe.
Se ríe y lo retira.

LOS SONIDOS INAUDIBLES

Dejamos andar el micrófono
toda la noche en un bosque desolado.

Al otro día hicimos correr la grabación
pero no se oyó más que un soplido.
Era como el viento metálico
de un planeta estéril.

La hicimos correr más rápido.
Aparecieron entonces los ruidos bajos
como si una conversación entre dos árboles
se expandiera desde el campo
hacia la Ruta Dos.

La hicimos correr más rápido aún
y los sonidos crecieron
como la conversación de dos árboles que crecen
y que si uno escucha bien,
con la cabeza apoyada en la madera,
en algún momento parecen crujir
palabras como «espejo», «espejismo»,
y muy lentamente palabras como
«cruces», «crucetas»,
«humilladero».

EL TANQUE AUSTRALIANO

El viento golpeó toda la tarde
en las paletas del molino que arrancaba
el agua turbia de las napas.

Se fue llenando así un estanque de latas curvas,
hasta que casi desbordó
y, con mi padre, nos quedamos
hechos unos estúpidos mirando el agua revuelta
como si viéramos el mar.

Al girar la bóveda, comenzó a llegar la noche.
Ya no se extrajo el agua, se apagó el viento.
Algunos puntos de luz brotaron
en su espejo negro.
Se oyeron los grillos del verano,
un ladrido agónico a lo lejos.

Esa es «La Cruz del Sur», me dijo y señaló
despacio, como si temiera espantarla
con su brazo suspendido sobre el agua.
Y aquella formación: «El Puñal de la Mazorca».
Los ladridos se multiplicaron.

Yo pensaba en el rostro de mi madre.
Pensaba en sus ojos ya enterrados.

Me despedí de todo y entré.
Estaba muy fría el agua
y poco a poco fue embebiendo mi ropa
hasta que dejé de flotar.
No sé cuántos días transcurrieron mientras
me hundía en el silencio.
Recordé que en el «Paraíso» del Dante
no se describen sonidos,
pero eso qué podía importar.

Era un mundo sin horizonte:
por más que buscaba alrededor,
el horizonte no aparecía.

Desaparecieron, finalmente,
la luz y el tiempo.

Hasta que las aspas del molino
giraron de nuevo.
Cada succión del agua de la tierra
traía, como un golpe de remo, los recuerdos,
uno tras otro:
la bicicleta, el camino de tierra,
la puerta quejumbrosa de la casa
las veredas del pueblo desbordadas por la grama.
El motor de algún camión sobre la Ruta Dos
ahogaba unos minutos el coro de las ranas.

Todo era redondo: el horizonte
no aparecía.

Y tuve que emerger después de muchos años.

Las cosas siguen igual pero nadie me reconoce.

Ahora voy por el parque, junto al cementerio,
a visitar sus ojos ya enterrados.

Es muy grato caminar al sol
después de estar metido en el agua tanto tiempo.

ARMAZONES DE CRISTAL

La tarde en el séptimo piso
y una razón más para estar cerca del sol.

La tarde vieja, la tarde nueva, luces
en un costado, sombras en el otro.
Por favor, no empujen.

Por qué las sombras de los imbéciles
parecen tan simples.
Los autos dan vuelta a la manzana
y las paredes de la casa ennegrecen cada día.

Un poco de silencio sería lo mejor.

Abajo también hay un árbol con frutos
azules regados sobre un círculo de pasto
donde podrías estar, revuelta y confusa,
bajo la luz torcida de las siete.

Y todo se ve desde aquí arriba
con una inocencia brutal,
como en esos libros de Conrad
donde el valor era más que cualquier otra cosa.

Por favor, no empujen.

Hemos perdido demasiado tiempo.
Pero entre lo que sentías y lo que sientes ahora
no hay más que una pequeña diferencia.

UNA CARRERA CON PLATÓN

Antes de hablar alzaba una mano
para sujetarse el pecho,
a riesgo de hacerlo en un estilo trágico,
y de siete pitadas agotaba un cigarrillo.

Esa tarde encendió el motor
de su viejo automóvil
y se acostó en el pasto a escucharlo
una y otra vez.

Un alambre coincidía con el horizonte
donde se posaban unos pájaros enormes
y el hilo de la tierra se encorvaba.
Cuando alzaban vuelo, de repente,
el alambre subía y bajaba, entre el cielo y el suelo,
en eso que llaman la marcha dialéctica.
Y nadie era capaz de seguirlo.

Siete pitadas feroces: otro cigarrillo
El motor hablaba espesamente del silencio,
como si lo más oscuro del ser
encendiera con una llave de contacto.

Un viejo automóvil
detenido en el mejor momento de su vida.

TUBOS DE GAS

Alguien entrará a la casa, alguna vez,
y al encender la luz
todo estallará en mil pedazos.

Alguien hará los mejores poemas,
pero también hará los peores.

Es impresionante ver la gente en esas plazas.
Desde aquí arriba parecen ir en todas direcciones.
Su movimiento es similar a los espermios
en un microscopio.

Hay que darle al ojo.
Meter el ojo en una tubería es un ejercicio de belleza.
Las corrientes, ¿por qué vienen?
La frustración, ¿por qué?

Antes leíamos como animales que pastan
y eligen la hierba más tierna.
Pero después de un tiempo ya no.
Ahora engullimos el pasto seco,
la hojarasca masticada hasta el cansancio.
Y, como aquellos que se van de la casa más amada,
nos alejamos de la poesía amarga.

La llama es azul, aséptica,
como para que en ella no viva siquiera
una mísera salamandra.
Ahora que los fuegos son fríos,
esperamos al genio, vivimos en la sombra.

Meter el ojo en una tubería es un ejercicio de belleza.
La casa va a estar sola y por ahora
se siente mucho olor a gas.

No va a faltar el desconocido que llegue fumando.

LOS DEMOLIDOS

Aparecemos siempre desde la luz,
como los mudos que se expresan con la sombra.

Somos una combinación estrafalaria:
un poco antiguos, algo modernos,
con esta vida abandonada pero llena de brillos
y un interior de tapicerías negras.

Se oyen los ruidos propios de una demolición.
Taladros, golpes, derrumbes.
Hay humo.

Todavía nos queda una casa abierta
donde podemos dormir y ver el aire negro
raspado por las constelaciones.
Pero se oyen taladros, golpes, derrumbes.

Acostumbrados a mirar el cielo oscuro.
Acostumbrados a dormir con un ojo abierto,
estamos asomando cada día, pero cada día
el tiempo se desmorona.

Hay gente que trabaja, se oyen otros ruidos.
Hay un tipo sobre el andamio
que bordea de noche el precipicio

iluminado por algunas monedas.
Antes sonaban las guitarras y los relojes.
Pero hace tiempo que los relojes detenidos
se tiran a la basura.

Van a demoler la calle,
van a demoler las ventanas,
la luz que entra por las ventanas,
y después vendrán todas esas molestias.

La grúa operando en este paisaje cruel y hermoso,
como si una tragedia estuviera a punto de ocurrir.
Golpes de luz en el agua, en la piedra.
Golpes a la belleza de Dios y los perros violentos,
como en esas increíbles noches griegas.

(Se intensifican los golpes de martillo.)

Se oye un estruendo, cae un muro
y parece caer el soporte numérico del universo.
En cambio, la pequeña demolición de los cuerpos
no se oye,
la de la calle, la maldición de los suburbios,
la opinión chiquita de las viejas y los descaminados,
el día en que te golpearon, lenguaraz, no se oye,
ni los goterones de la sangre espesa,
ni la servilleta de papel con tu nombre escrito,
silenciosamente, no se oye.

Escuchen. Escuchen bien,
que si prestan atención

oirán esos gritos cada vez más débiles.

Queda solo una taza, un vaso,
dos o tres platos.
Ayer se vino abajo otra repisa con las vibraciones.

La delicada destrucción está pasando
justo ahora,
por este exacto lugar.

LAS DIFERENCIAS ENTRE MI PADRE Y KEROUAC

Mi padre nació un año después,
muy lejos, casi a la orilla de esta ruta.

Kerouac no tuvo, a su vez, un padre
nacido en altamar, como mi abuelo.

Y para qué iba a escribir poesía, mi padre.
En cambio Kerouac, entre católico y budista,
excedía todas las fronteras.

Papá tenía una bicicleta roja: eso es viajar.

Uf, ambos detestaron el comunismo.

Creo que si un cruce misterioso
los hubiese reunido en la mesa de algún bar
se habrían reído mucho.

Pero mi padre, que era peronista,
se emborrachó una sola vez
en toda su vida.

EL EXACTOR

Alguien caminó sobre mi tumba.

Detrás de la puerta, yo tenía un abismo
del que se sube por una cuerda interminable.

¿Podría ser esta casa un lugar
para los descarnados?

¿Podría ser esta casa un lugar
para los abastecedores de lujos?

Son las preguntas del recaudador,
el cobrador de tributos
que me sigue por el hilo del tiempo.

Esta es la idea,
una idea con números, nada más,
y dura solo un momento.

Pero se repite y se repite
hasta el cansancio.

CALLE UNO, *FIAT LUX*

Callejón Fontana.
Arriba dice «tus sueños»
(debajo de «frágil»)
y una mujer pequeña está mirando
las hojas caídas de un sauce,
arremolinadas,
bailando para ella.

Tanto trabaja el amor que algunas veces
da en el blanco, piensa.
Lleva un atado de clavelinas,
apenas se mueve y la vida la roza.

Otros murieron, ella no.
Todavía no.

Algunos agitan la vida como si pasara un tren.
Para esos fue necesaria más muerte
que la de costumbre.

Para otros, en cambio,
basta con una muerte fina, tenue,
apenas más intensa que el olvido.

Más arriba dice *fiat lux*.

La mujer pequeña mira su mano izquierda,
deja el ramo, levanta la vista,
controla el reloj del panteón
y se aleja mirándose los pies
hacia la reja de salida.

PERDÓN

Nunca antes había visto, en esta tierra,
una crucifixión.

Fue en una de esas horas de lucidez,
cuando la mente coincide con el cuerpo en tiempo real,
aquello que muchos representaron
con una luz, con una esfera regular
sobre un rostro inocente,
o el compromiso de los astros
detrás de una silueta congelada.

El pájaro estaba inmóvil,
clavado en un poste al costado
de la ruta.

Recibía una brisa que no tenía comienzo
ni tenía fin
y miraba desde atrás de sus ojos
como pidiendo disculpas.

El que venía conmigo trató de bajarlo,
acercó la mano, pero la retiró enseguida.
Parece un ave rapaz, me dijo.

Nos alejamos para seguir nuestro camino,
aunque me di vuelta como a los treinta pasos.

No vi las armas debajo de sus alas.

No me pareció un ave rapaz.

OBRA

Esta clase de estructura es muy compleja.
Nunca se construyó algo parecido
y ya sentimos la presión por terminar a tiempo.

El dios de la muerte sigue acumulando muerte.
El dios de la risa sigue acumulando risa.

Iba a ser de hierro, de tungsteno,
con los balcones caídos
como las tetas de una perra vieja
y con algunas plantas amarillas por aquí,
por allá.

Iba a ser de nada, o tal vez apenas
más concreta: de luz
con ausencia de martillazos y un soporte
que dudamos sublimar entre la música
y los suicidios con gas.

No hubo mejor amor que el de la psicodelia,
pero llegamos a destiempo,
ligeramente niños.

El dios del miedo nos vendió los seguros.
El dios del absurdo sigue acumulando gente.

CUIDADO CON LA REALIDAD

Esto es un paisaje real.
Las cosas suceden como debajo del agua,
los sonidos, tu voz, aquellos motores
que arrastran sus cargas pesadas en la ruta,
la respiración del semáforo, una luz,
la hiedra apretando la noche,
otras luces redondas en la plaza,
el aura densa de todos los objetos, como ungidos,
y las columnas, bajo la humedad de un cielo
donde retumba cada paso.

Es un lugar tan real
que todo se muestra como si existiera dos veces.

No hay vacío,
el exceso de materia no deja sitio para respirar
y entonces, cualquiera,
bajo la luz quebrada de estas ramas,
en este fondo cálido de pantano citadino,
cualquiera, digo, se vuelve un pez.

Es un paisaje demasiado real,
aunque un vidrio nos separe de los roces cotidianos,
aunque estemos sentados frente
al mundo que, en cualquier momento,
se desintegra con apenas un corte de luz.

COMPARACIONES

Ando en círculos
como si llevara un brazo
cargado de botellas,
como si me pesara más un lado,
como un pájaro que tuviera
solamente un ala.

Vivo en círculos, como un dios errante.

Tantas vueltas que doy.

Como un círculo trazado por un brazo
cargado de botellas,
como un pájaro cuyo vuelo inseguro
dura toda la eternidad,
y su peso prohibido
va del lado del corazón.

ESPECIE

Un río inmenso corre dentro de mí
como si corriera en la más terca profundidad.

Respiran en su orilla animales sedientos
que se alimentan de unos ojos
cansados y pequeños,
y todo les parece limpio.

El ruido se acompasa,
corre por calles estrechas.
El ruido golpea las ventanas,
corre también sobre la Ruta Dos
y corre encima de una plaza abandonada.
El ruido ahora se hace blando.

Animales sordos.
Animales que beben y comen
para alargar su vida.

Animales que vuelven a su río miserable,
y todo les parece limpio.

LA MEMORIA SOLA

Firdousí escribió la epopeya del Zohak.
Se la llamó *Libro de los Reyes*.

Por la *Odisea* supe del país
de los brutales cimerios
y de un sol enterrado a sus espaldas.

Yo te recuerdo, madre, todos los días.

Pero me acuerdo también
del cielo caliente de Tokio,
de las luciérnagas incontables
al costado de la Ruta Dos,
del nombre completo de Lenin,
de palabras como «odre» y «gozne» en la literatura,
y al costado de la misma ruta
los animales que morían con las patas
señalando hacia el Este.

Yo te recuerdo, madre, todos los días.

LA MEMORIA COMPARTIDA

Tiene una bandera detenida
ese raro país, en el medio de la nada,
en el medio del frío.
Sus colores están secos,
el viento la estalló contra sí misma
y hay que adivinar adónde estamos.

No es bueno, dijo el que va conmigo,
caminar tanto en contra de la luz.
Pero hace rato que viajamos
en todas direcciones,
como esos peces que pintaba Paul Klee.

Los zapatos se hunden,
el aire brega por sacar del barro
estas huellas desordenadas.
Usted sabe, dijo,
la tienda de los milagros
puede estar en esta calle o en la otra,
tal vez un poco más allá,
junto al baldío donde dejan estacionarse.

Pero la luz está en todas partes, pensé,
aunque no llegue a la cámara vacía del ojo.

Ahora bien,
si la memoria no me falla
dando vuelta en esa esquina
vamos a encontrar un viejo cine,
la casa de mis padres con su biblioteca de madera
y una puerta solitaria en medio de una larga pared
que sirve para llegar
adonde ya no queda ninguna pregunta.

No hay una biblioteca de madera,
dijo, entre mis sueños
y la llave que conservo atada al fuego
no tiene acceso a los depósitos del tiempo.

De acuerdo, entonces, sigamos vagando:
no es hora de abrir
esta pobre historia que llevo en la maleta.

LA ENFERMEDAD

Después de respirar, como lo hiciera Dostoievski,
en la humedad silenciosa
de esos cuartos mal iluminados,
se ponía a caminar sin sentido
por las calles imprecisas.

Caminaba igual que la sombra de Cortázar,
con su tranco voluminoso y aletargado,
y mientras lo hacía
silbaba aquella melodía de Mendelssohn
que tanto usó la resistencia como santo y seña
entre las calles del nazismo.

Después recalaba en algún bar
y detrás de una taza humeante
metía su cabeza entre las manos, como Kafka,
hasta que la hora lo invadía.

Entonces, iniciaba el retorno
hacia la cama con un libro
y ya no tenía ganas de levantarse
por un buen tiempo,
eso que solía hacer Proust.

Al final terminaba como todos ellos:
abrumado por la vida sencilla.

ASUNTO DE FE

No creo en los que dicen
que el miedo es grande,
que toda la poesía es de cartón,
y que la sorda disciplina del odio
busca su entrada en los cuerpos, suavemente,
como una bestia que relaja los instintos.

No vengan ahora con esos cuentos
de niñas ahogadas por el llanto.
Miren si no a los muertos
aplastados bajo esas losas.
Todos hablan de ellos
como si ya hubiesen pasado
por la cinta floja del tiempo.

Hay que ver y no creer.
Como se ve la mugre de los vasos,
la grasa en los pasamanos de esos trenes
que corren a la velocidad del fuego.

Menos juicio y más sueño,
hasta saberlo todo.

Como cuando dicen que vamos
adentro del universo,

de este lado del horizonte,
donde los clavos negros se empiezan a caer de la cruz,
y el pintor desorejado se pinta sobre un fondo
de sí mismo.
Donde aquel que se metió de todo en la sangre,
hasta un barco angosto lleno de baños, hélices
y tornillos ajustados,
está viviendo ahora con una estudiante llamada «muerte».

No creo en lo que dicen los apestados
por la luz fría.
No vengan ahora con esos cuentos.

VIDAS PRIVADAS

La muerte es pan de cada día.
El veintiséis de marzo, por ejemplo,
se quebró la última copa de aquel juego italiano.
Al llegar el invierno perdimos una caja
y en su vientre
se fue una antigua foto de mis padres.

La muerte es a cada momento.
Hace un año murió el perro de la casa
y recién ayer me di cuenta.

Todos los días la muerte.
Un choque enterró lo que pensaba
de ciertos obstáculos.
La botella se agota y se recarga
como en los peores sueños,
se agota y se vuelve a llenar cuando
rebasamos el pequeño humilladero
que todos llevamos dentro.

TRÁNSITO

No ha muerto lo que no ha muerto todavía.
Llevo una ilusión que está viajando
como el humo,
que por ahora alimenta y fortifica mis huesos.

Soy la creación imperfecta,
una imagen todavía pequeña y triste
como para dejar un trazo permanente.

Una creación inservible a punto de esfumarse.
Si no es gran cosa resistir
el viento helado en esta época
de vibraciones imperceptibles
donde la realidad dormida se despierta
con cada mentira.

No ha muerto completamente
lo que no ha muerto todavía.

CALLE SIN SALIDA

Mi enfermedad es la ilusión,
y qué remedio.

Comer poco y con frecuencia,
lo dice la escuela de Salerno,
tener los cuatro costados,
cada uno en su lugar, como en la gran orden
de la barriga del Ubú.
Mis amigos se conforman con esto
y bajo el ruido de metal de la ciudad
soportan quedamente la sana destrucción.

Caminar por el mundo abriendo los ojos,
del recuerdo al olvido, del olvido
a la memoria adulterada,
entrar por una puerta, salir por la otra,
y que nadie más pueda pasar.

No alcanzo a cerrar los párpados.
Apenas lo hago aparece tan claro
desde el fondo de las cosas,
aquel tiempo destinado a mirar hacia adelante,
donde me encuentro con mis ojos
frente a frente,
como en un espejo.

Mi enfermedad es la ilusión,
y qué remedio,
entrar por una puerta, salir por la otra,
y que nadie más pueda pasar.

LA NOCHE EN UN *BERGÈRE*

Ausente del diluvio de voces
que llega
por la espalda,
de cara a los golpes del viento en los vidrios
que reportan la presencia de un mundo frontal,
viajo sentado en esta pesada butaca,
arrastrando la porfía del corazón
por toda la sala.

Encerrado en mí mismo,
como en un vientre mitológico,
soy el viajero de una raza antigua
en la categoría de los vagabundos.

Se pudren los recuerdos, se hastían,
se escapan de la foto.

Pero con falsa torpeza me rodean,
me piden y me piden que sueñe,
que finalmente no me vaya
que no mienta
que no me quede solo con un arma cargada.

EL RELOJERO

No me pregunten cuándo sucedió,
pero recuerdo, sí, que le llevamos
un reloj antiguo de cadena, marca Longben,
para ver si tenía algún remedio.

Lo sopesó, abrió la tapa
y sus brazos se hincharon
como si levantara una camioneta.

Es bueno, dijo, 18 rubíes, enchapado,
con engranajes montados
sobre estas piedritas rojas
que son más duras que el acero.

Lo esperamos en el jardín,
donde tenía su famoso reloj de sol,
y nos quedamos pensando
en lo que fuimos, en lo que seremos
cuando los números y la luz
se equilibren delicadamente.

Está difícil, vuelvan mañana, dijo.
Y salimos de aquel lugar
por una ruta invisible,
medidos para siempre,
listos para empezar y volver a empezar.

LA CAÍDA

Un hombre se derrumba.
Parece que busca rutas olvidadas, playas,
una siembra, en aquellas regiones perdidas
donde ya no gira más el sol.

Es imposible que yo mismo sea
el hombre que cae por la ventana.

Menos mal que se desplomó
desde su propia mirada
y que una roldana lo desliza
como si sujetara un piano,
mientras la tierra lo baja y lo baja
tensando la cuerda podrida
en un lento teatro de suspenso.

Menos mal que se deshoja
y revela su peso inusitado,
como un Cristo de Grünewald.

Imposible que yo sea el que salta del mundo
y flota unos instantes sobre su propia risa.

Vuela como volaría un árbol
arrancado por las tormentas
que lavan y deslavan el aire.

Es imposible que yo sea alguna vez
el hombre que cae por esa ventana,
tan extraño, tan nítido.

MEDIANERA

Aquí siempre se va de Norte a Sur,
o simplemente se regresa.

Pero hay un tramo de la ruta
que tiene un solo costado.

En la acera derecha
deja de salir el pasto, de repente,
y las casuchas con los techos oxidados
se descontinúan.

El campo parece un mar que en la bruma
se vuelve invisible.

Un tipo arrojó una botella hacia el Este,
porque no lo podía creer.

La botella encerraba un mensaje vacío
que los pedazos de vidrio liberaron
estrellándose contra la nada.

Los accidentes, de aquel lado,
siempre quedan inconclusos.

LA CARRERA

Era la tierra.
Una simple expresión del alimento
con las cruces, los árboles,
sus pájaros migratorios,
el carbón escondido en la maleza.

Todos los años nos sentábamos
en un bote abandonado a la orilla del campo
y remábamos un rato,
todos los años,
cada día primero de noviembre.

El bote no avanzaba mucho
sobre el camino de greda.
Apenas unos metros, con esfuerzo,
y entonces nos sentíamos tan cansados,
listos para olvidarnos del amor, de las llagas,
de los perros que ladran en el pecho.

Dimos muchas vueltas alrededor del sol
en ese río de barro trajinado
contra una luz espesa.

Ahora eché raíces en el tiempo.
Ahora estoy quieto y es mejor que sigas

viajando hacia atrás
como viajan los postes, como viajan
las piedras oscuras de la orilla.

Mejor que te quedes tranquila
porque va muy lento el horizonte
y cuando por fin entiendas la carrera
estaremos listos,
fugados del terreno pegajoso,
donde sufren los ojos y se apagan las manos.

CEDA EL PASO

Hay que tener cuidado con las señales.
Este es un pueblo chico y siempre
ocurren algunas historias sencillas.

No falta el que bebe, como cree
que bebería Dylan Thomas si viviera,
y luego llega a su casa a medianoche
con los zapatos raspados, apuntando
una llave temblorosa con la mano.

Va dejando así una marca de luz
que permanece hasta que la borran
los faros de un automóvil
o simplemente se diluye en la humedad.

No falta el que bebe y después dice
que leyó completo *En busca del tiempo perdido*,
sí, completo, las siete novelas,
y que lloró al amanecer
frente a un mapa de Londres.

Tengan cuidado,
en la ruta de la entrada
suele cruzarse a veces un caballo,

algún rencor,
un árbol perdido.

Esto no es más que un pueblo chico,
aburrido y violento.

LO QUE SE VE DESDE AQUÍ

Lleva cientos de años escondida.

Viaja en un barco que no flota en el agua.

Quema los sedimentos y fluye.

Tiene la llave de la primera puerta
que conduce a esa memoria justa,
muchas veces ciega.

A ver qué te pasa cuando la atraviesas.

Lleva escondida cientos de años.

Viaja en un sueño que no tiene cabeza.

Quema las naves hundidas.

Y tiene la llave de una segunda puerta,
por la que se vuelve de la memoria cansada,
con un gesto simple.

Donde se escucha,
implacable,
el relojito que te come la vida.

EL HUMEDAL

Conocíamos los pantanos de la costa,
esos cangrejales donde solo caballos
entrenados podían navegar.

Sin embargo, una mañana fresca de septiembre,
detrás de la vía donde el tren recorta
los pastizales amarillos,
apareció la primera ciénaga.

Después se empezaron a ver otras
en esos patios grandes de las casas viejas,
en una plaza abandonada,
en el terreno donde anclaban los circos,
en el cementerio.

Eran luces muertas y caídas en cualquier parte,
redondas, como territorios envejecidos
de forma sorpresiva.

Algunos perros se empezaron a hundir
en esas manchas de silencio.
Los siguieron casas, bicicletas,
uno de los costados de la ruta,
los sueños y la lluvia

que penetró como una antorcha helada
en los martirios de la tierra.

Y detrás de todo esto, mi sombra
recordando la muerte, mi sangre
recordando la muerte.

SABIDURÍA

Podría reconocer las moscas negras del Sahara
sobre los ojos negros de un niño negro,
como cualquiera,
pero no sabría qué hacer
para explicar las teorías de Max Planck
sobre energía radiante.

Sé muy pocas cosas, en realidad,
ni siquiera alcanzo a imaginar
la muerte de las piedras.

Si me dan un tiempo
quizás pueda hablar de algún misterio:
de las sencillas luces de la Ruta Dos, por ejemplo,
o de lo que se siente al nadar
en el fondo de un tanque australiano.

Es verdad,
acaso pueda distinguir entre los edificios
la ventana que ayer se iluminaba tenuemente
para encerrarme en esta pequeña historia.
Y tal vez algo de las calles miles de veces recorridas
por estas piernas con motor,
o de los cientos de libros que son más rápidos
y ordenados que esta memoria y su lengua.

Si me dan un tiempo más, insisto,
quizás pueda hablar de Parménides
a mi manera, claro,
o de las maniobras de Roger Bacon,
pero elijo el trato justo
que me ha dado la memoria:
resucitar con los trucos más sencillos.

SLOW

Una vela está encendida
desde la hora en que salió
la luna llena: 21:27.

Me propuse
una escritura en tiempo real
con libreta, bolígrafo y esos textos
que se van estancando como en una represa.

Pero en la oscuridad,
un golpe se acerca
dos milímetros por día
hacia mi cabeza.

POSICIÓN

Soy el mozo que me atiende,
el tipo que me cuida el auto,
la vieja que lava mi ropa.
Y todos los días, un poco,
aquellos ojos que me miran desde lejos.

Soy el jefe victorioso,
ese que ordena mi vida y sus necesidades,
pero soy también un perro modesto
que merodea por la plaza
y a veces el carcelero que tiene el aura
muy chica, pegada a su cabeza.

En general, soy todos ellos
cuando tengo los ojos cerrados.

LA DECONSTRUCCIÓN

En el principio de esta página blanca
había un dios, aburrido del sol
y de los valles con ovejas.

Por eso el dios creó un pequeño dios
que apiló bolsas de tierra frente a la casa
porque la margen del río subía y subía
noche tras noche
y no lo dejaba terminar unos poemas
pensados con tristeza.

El pequeño encontró sabiduría
en la mezcla del polvo con el agua
y logró que resoplara su cansancio la luz vieja.
Así la materia empezó a moverse.

Pero el animal quería ser máquina.
Máquina de escribir, máquina de sumar,
y de confundir las cosas.

Y la vida terrible volvió a ser un papel vacío,
atravesado inútilmente por nubes y gaviotas,
donde el cielo se partía en dos
cada vez que se partía la tierra
con una ruta llena de hombres decididos.

El pequeño sintió vértigo
mientras el otro lo escribía con el puño
y llegó todas las noches cansado,
asustado,
con la necesidad de hacer nuditos para siempre
en una cuerda sin fin.

ESTE DÍA

No quiero ver si atropellan a un perro.

No quiero ver a la gente bailando en el estadio
con esa música.

No quiero ver hoy la marca de las hélices
sobre el cuero de los peces,
ni a aquel amor que corría como a doscientos en la ruta
y me pasó por encima.

No quiero ver a ese otro perro
que saca de la basura una lata de tomates,
mete su lengua húmeda
y la retira ensangrentada.

Prefiero esconder la cabeza
adentro del horno,
adentro de un sueño.

EL COSTADO IZQUIERDO

Una cabeza que parecía de lagarto
y de serpiente
asomaba entre las piedras,
al borde de una cuneta de la ruta.

Tenía escamas entre verde musgo y mostaza,
un brillo opaco, helado,
como si fuera una imagen
fotografiada en el espejo.

Está muerta, dijo el más cansado.
Pero nos acercamos y vimos
que uno de sus párpados cerrados
comenzaba a moverse.
Está abriendo un ojo, noté,
cuando el párpado volvió a titilar y se levantó
como la cortina metálica de un restaurante.
Está viva, entonces, dijo el otro.

Pero del interior salió una hormiga
con ese diminuto vaho que debió traer
en su torpeza
un insignificante olor a animal muerto.

SIEMPRE LLEGAMOS TARDE

Siempre alguien estuvo antes aquí.
Siempre llegamos tarde.

Cualquier cosa que uno haga,
por ejemplo meter la cabeza en un balde viejo,
es como ahogarse en eso que llaman memoria.

El puño enrojecido
de tanto apoyar una cara de pensador
sobre codos y rodillas
es parte de una agenda,
de una carta, quizás,
que ensayamos en una libreta
a medias abandonada.

Pero se abre la cabeza,
se echa un poco de vino
y ya tenemos la vida resuelta:
todo tiene gusto a tierra.

Da lo mismo si te insultan por teléfono.
Todo tiene gusto a tierra,
porque en este lugar prometido
siempre alguien estuvo antes aquí.
Siempre llegamos tarde.

Segundo tramo

Maquinaria pesada

PRIMERA

Este señor
vestido de camisa azul y de vaquero azul,
montado en un ruidoso John Deere,
se ha detenido en el medio del campo
que es, a esta hora bajo el sol,
un sórdido recuerdo de la luz.

Podría ser todo irreal
bajo el motor, entre los surcos.
Podría este hombre con su escritura desordenada
borrar el pensamiento de la tierra
mientras la ciudad se recorta
en silencio contra la silbatina del viento.

Dice: por aquí ya pasó la poesía,
qué va a crecer entonces.
Dice después: si ya pasó la poesía
por ese resquicio entre el caos y el orden,
pasó por entremedio
de las vallas de alambre y de madera,
pasó y murió:
hay que enterrarla,
hay que hacerle correr el tractor por encima.

Podría ser todo real,
quién lo discute.

SEGUNDA

El cazador aparta los matorrales
y espera agazapado.

Se cuida de la noche,
ha visto cómo esas luces inexplicables
salen de los pajonales,
parecen ojos que vuelan juntos
en una mirada que patrulla el horizonte circular,
luego se distancian
para ver cada uno lo suyo
sobre la tierra inmensa
y al final se apagan como cigarros
en cualquier parte.

El cazador se duerme junto a un fuego débil
y sueña con aquellas luces.
El campo sigue mórbido bajo la niebla.

Sueña que es el animal más fuerte.

TERCERA

Hombres y mujeres se despertaron
y supieron que este no era un buen lugar.

Votaron en silencio
como testigos asustados.

Unieron largas telas
y pusieron mástiles sobre las casas.

Todos de acuerdo, a cierta hora,
izaron las velas de barco en sus techos,
soltaron las amarras del pueblo
y se fueron navegando lentamente
por el campo.

Ahora no queda nada.

Si se arroja una piedra,
la piedra en este lugar
se hunde.

CERCA DEL PUERTO

Pasan los camiones.
Se llega a mezclar el humo del gasoil quemado
con la llovizna fresca de la costa.

No hay poemas perfectos
como el sol, como la sombra.

Y menos que hablen de lugares
cercanos a este puerto donde hace frío,
donde se apilan contenedores blindados
para la gente inestable y para las ratas.

Pasan las dos mitades de un perro.
La primera lleva una cabeza normal, asustada,
la otra se disipa entre la niebla y la sarna.
En la estación lo bañaron con parafina,
seguro que fue el tuerto que limpia los vidrios,
quizás le regaló un pedazo de pan
y le ordenó: ¡basta de morderte!

Que no se turbe el sueño de Pound.
Si los clásicos ya tuvieron épocas
de mayor circulación en América,
al menos aquí, cerca del puerto,

entre la maquinaria envenenada
por la mierda de las gaviotas
(donde pasan las mitades de un perro
esquivando esos camiones de carga),
ya nadie hace las cosas perfectas
como el sol, como la sombra.

BOCAS

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Hay un árbol que se ha muerto
desde hace ya varios años,
ahí mismo.

La boca negra como brea.

Por el camino de piedra
va un torrente, apenas.

Y ella, es roja como una boca
sacada con redes del mar.

Un viento duro
le derrama los ojos.

Son amantes pero no se aman.

Ella monta una bicicleta de hombre.

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Y siempre han sabido que las cosas
son lo que son.

EL CEMENTERIO

Es hora de volver a nacer
para después alegrarnos de estar vivos.
Y es bueno volver a saber esto.

Ella frota sus manos y se hunde
para nadar en el fuego.

La sombra está detrás de la sombra
en un sistema de cajas chinas,
como todo aquello que la muerte descompone
y la tierra vuelve a componer.

Yo no puedo nadar en el fuego
así, desnudo.

Yo no puedo volver a saber esto.

UNA CASA

Cómo nos vamos a enterrar contra el suelo
para construir una casa tan precaria.

Una casa donde vivan los vivos
y los otros.

Una casa de fierros, piedras,
con tubos de pvc retorcidos
y kilómetros de cables
por donde pasa la luz que apasiona a los muertos
y a los otros.

Y la luna llena estos ojos vacíos.

LA CONVERSACIÓN

Yo tenía un perro que sabía hablar.
Con sus palabras entrecomidas
me decía que no iba a actuar de Tartufo, que el sol
es una radiación que te agujerea la cabeza,
que las palmeras enterradas en el aeropuerto
son una porquería *kitsch*,
que esto, que lo otro,
y me hablaba de las perras,
sabía todo lo que hacen los hombres tristes
con su memoria,
conocía la verdad, la comida seca,
y varios trucos más.

Me dijo una vez
que los gatos orinaban las heladeras;
ahí me parece que empezó a inventar,
como cuando habló de las vidas enterradas,
hasta llegó a decir que sepultó a un hijo sucio
y que ahora, ante la muerte de la razón,
se ha convertido en un rostro de metal
que se ve desde la superficie.
Mentira.

Yo vivía con un perro que sabía decir las cosas,
aunque costaba creerle.

A decir verdad,
de vez en cuando me aburría
con esas imágenes del mundo como lo ven ellos:
hablaba de «nosotros»
y de una «lealtad entre seres sensibles».
Hagamos —ladró—
una amistad parecida a un hueso,
que se pueda enterrar y desenterrar
como un libro sagrado.

Bien,
pero no quiero que te vayas.
De ninguna manera, mintió.
Tenía ese maldito defecto.

EL SUEÑO DEL TIPO QUE SOÑABA CON BORGES

La ruta parece un río de Tesalia,
pensó, parado sobre el puente viejo.
Pero no el auténtico sino
el que Borges soñó en «El inmortal».

El asfalto pasaba lento y arrastraba
un ruidoso tractor y un grupo de casas migratorias
con velas de barcos y cazadores
que, adentro de un sueño rojo,
parecían imágenes recortadas de la noche.

Sea como fuere,
cuando ese tipo sobre el puente mira la Ruta Dos
y sueña con un río de Tesalia
se vuelve inmortal.
Y ese inmortal, uno de tantos,
decide libremente soñar que es Borges.

HOGUERAS

Absorto y ciego, frente al campo,
hace miles de años que soy
apenas
un hombre que no puede estar solo.

Hay tanta humedad.
Parece que lo que ha sido contenido
por los siglos va a crecer de golpe.

Todas las sombras están en su lugar,
la tierra es pura composición
horizontal y vertical,
horizontal
y vertical.

Traje a muchos para que noten
esta vista detrás de los alambres,
pero engañados por la distancia
no hicieron más que ver lo único
que les muestra el sol.

Había que meter las manos en la tierra.
Había que dejar las hogueras encendidas
para saber cómo se apagan
con el viento de la noche.

EL LINGOTE DE HIERRO

Aunque lo azote con brusquedad,
un viento
no podría moverlo.

El niño de la casa lo levanta con esfuerzo.
Sus manos se oxidan un poco.

Lo afirma con cuidado sobre las patas
del cachorro, para que no se vaya.

A veces lo desliza en la vereda
y un rumor sordo, como de tormenta,
raja las siestas del verano.
Nadie conoce su procedencia, pero
una vez lo usaron para aplastar fotografías.

El niño de la casa calienta el lingote al sol
y lo deja en la caja donde duerme el perro,
para que no sienta frío.

Con el paso del tren, el lingote
vibra y resbala
como si respondiera a un antiguo llamado.

Lo querían enterrar y desenterrar
para entender la muerte.

Siempre tropiezan con él y lo apartan
como a un sapo.
Dicen que cada día pesa más.

Para todos la vida va empeorando,
pero el lingote permanece casi igual.

A veces desprende una gota de herrumbre
como la que vieron salir de la nariz del vecino
antes de cerrar el ataúd.

El niño de la casa lo vuelve a dejar
bajo el sol despiadado
y mide su crecimiento.

Adentro del agua
resulta más pesado todavía.

Juega a que es un barco cerrado
y no sabe si debe salvarlo
o dejar que naufrague.

EL MÚSICO

El músico, que era muy pequeño todavía,
se encandiló una tarde y fue a dar de cabeza
contra la pared.

Quedó en el suelo, abandonado,
y mi padre lo recogió.
Teníamos un músico para nosotros.

Sin embargo, a poco andar, lo soltamos.
El músico pareció entender
y desde entonces fue, volvió,
y por cada salida acumuló un regreso.

No pudo olvidar que mi padre
lo entablilló con unos palos de fósforos
y una cinta adhesiva,
que le dio agua con un hisopo de algodón,
y lo dejó cerca de una lámpara.

Aparecía en los intervalos entre la verdad
y la repugnancia.

Nunca pudo olvidar eso,
pese a que en un pájaro caben muchos olvidos
y solo algunos recuerdos.

Eso explica su largo viaje circular.

DISCUSIONES

Conozco a uno que soñó un encuentro con Bajtín,
donde discutieron acerca de la naturaleza
ambigua de la palabra.

Mikhail Bajtín no sabía que se iba a cruzar con él,
mucho menos en rutas oníricas.

Este idiota se despertó del escenario polifónico
y creyó que había ganado aquella discusión
con su «yo» eminentemente privado,
frente a aquella porquería del «yo social».

Y cuando hablaron de la versatilidad
significativa del lenguaje, dijo
que lo desafió a escribir la historia de la imaginación
frente un grupo de científicos.

Ahora pretende contarme otros sueños,
pero antes, por el bien de estos dos grandes egos,
me gustaría escuchar la versión de Bajtín.

EXACTITUDES

Erik Satie compuso, hace más de un siglo,
las eléctricas *Gymnopedies*
y yo, cada cierto tiempo,
las escucho como un sordo.

Cuando eso hago, suelo sentarme en el jardín
mientras desenrollo la vista hacia el fondo
de la tarde.

Enseguida viene la perra, que tiene por costumbre
recostarse entre mis pies.

En escasos minutos aprendemos juntos,
en silencio y con paciencia,
nuevas cosas acerca del bien y del mal.

Cuando cesa la música recogemos la mirada
y cada uno a sus asuntos: a ladrar, a trabajar.

Y una vez más nos olvidamos de todo,
pero no para siempre.

MI TRIBU

Ellos se estiran cada día
pero no les alcanza.

Y deciden saltar pero no es suficiente.

Y cada vez que se esfuerzan
fracasan.

Somos pocos en la tribu.

Casi diría que la tribu
somos dos o tres,
y yo.

HUMO

Hay mucho humo al costado de esta ruta filosa
que despedaza los campos.

Un trabajador riega con fuego un cerro de hojas.
Apenas se despeja vemos los surcos
y una lluvia de semillas.

La ruta (que despedaza los campos)
es recta y curva a la vez,
lo pensó Heráclito
antes de morir con su cabeza llena de agua.

Estamos viajando,
el humo y la lluvia
se concentran y se disipan.

Menos mal que ninguna vida
es más importante que la mía.

LA MEZCLA

Quiero fumar, espero una llamada,
tengo que estirar las piernas.

Así viajo, con mi foco de atención
de una cosa insignificante a la otra.
Y tengo frío,
busco sentido en esa teoría del yo cambiante
y la vida como un largo cuerpo de cuatro
dimensiones extendido a lo largo del tiempo
(una ruta secundaria y personal).

Pero esos intervalos mediocres de conciencia
apenas se conectan entre sí.
Entonces quiero fumar otra vez
y espero una nueva llamada.
Salgo a estirar las piernas, concentrado,
y mi mente, que es del cuerpo,
está saciada hace rato de lecturas y conclusiones.

Quiero fumar, espero otra llamada.
Soy esa mezcla difícil entre
un animal fumador y Dios.

LA TIERRA JURA QUE ES TIERRA

Venía de enterrar al hombre, pero despertó
para despojarme otra vez de todo.

Nadie lo encontró porque nadie lo buscaba.

Muchas personas pasaron a su lado,
ahí donde está el pasto y la tierra movida.
Arrastraban las bolsas, hablaban por teléfono
y apretaban sus carteras con dinero contra el cuerpo.

El hombre despertó un día de la pudrición:
habló despacio, medio golpeado,
y se fue a vivir a un rincón del pecho
donde lo dejé volver y quedarse,
algo complacido, algo mortificado.

Somos inmortales pero en lo más mínimo.

LAS RAZONES DEL ÉXITO

¿Qué apuro hay,
pedazo de viejo?

En esta cadena demencial
las preguntas son las respuestas.

No me miren a mí
que solamente soy un hijo,
un padre.

LOS OLORES DEL PUEBLO

El olor del perro mojado por la lluvia.
El olor a sopa en la casa del herrero.
El olor y el peso de la ropa húmeda.
El olor a pasto recién cortado.
El olor a kerosén del Bram Metal.

El olor de la grasa en los fierros del tren.
El olor a jazmín en las noches calientes.
El olor del cielo, que cae.
El olor a encierro que sale de esa pieza oscura.

El olor del auto nuevo.
El olor de la marcha indecisa por la ruta.
El olor de la escala moral.
El olor a té de tilo.

El olor del agotamiento espiritual.
El olor de la botellita de *cognac*.

El olor a basura en el sifón del lavaplatos.

El olor a Dios,
cuando se empieza a descomponer y no para.

El olor del vacío.

OTRO PUENTE

Con esas vocecitas,
con esas lenguas destartaladas,
apenas cantan una canción que no puede
cruzar un puente.

Sobre aquellos palos redondos,
sobre aquellas vigas de pino
impregnadas por los fantasmas,
los tipos siguen peleando.

No saben que murieron hace mucho tiempo,
y se matan de nuevo.

EL PASILLO

La busqué en la perrera,
en las caballerizas,
la busqué en el fondo de las noches abiertas.

La busqué en la calle, en los bloques
de cemento y en la madera astillada.

Ahora estoy en el mundo conocido,
un lugar donde la oscuridad es total
y solo caen algunas gotas frías,
así como se envenena una memoria.

No recuerdo bien a mis amigos,
no puedo recordar la puerta abierta de mi casa
y cuando cierro los armarios
o bajo al sótano a sacar la bicicleta
me aturde el volumen de su voz
y aparecen entre la ropa
su rostro y su carne.

La busqué en todas partes.
¿Por qué perdimos tanto tiempo
tratando de unir nuestras cabezas?

El sol es una herramienta

que ahora necesita de mis manos
para entrar en esta fosa.

Y parece que la muerte
es solo para mí.

OTRA VEZ FUIMOS AL CAMPO

Atravesamos uno de esos bosques
bajo el perfume y la media sombra
hasta que llegamos a un claro.

Ella, que me sostenía de la mano,
me soltó para enseñar el poder
que engendra cierta luz sobre la gente.

A medida que entramos en el silencio
parecía perder el peso que la sujetaba al suelo.

Un poder que se mueve formando curvas:
y que atrae, repele, atrae, repele.

Nos quedamos mirando esa luminosidad,
sabiendo que tarde o temprano
lo interno se ajustaría con lo externo.

Ella me invitó a seguir, pero elegí
dar media vuelta e irme.

Irme, después de todo, es algo
que estoy perfeccionando con el tiempo.

LA NOCHE, COMO DEBE SER

Afuera,
bajo esa costumbre oscura del tiempo,
se callan los árboles y blasfema un gato.

Adentro,
con dos velas prendidas
y un libro mojado,
alguien invoca un espíritu.
Después de un rato se pone a martillar
un teclado con ráfagas eléctricas.

Al amanecer, se duerme con la luz roja
que rompe con suavidad la ventana.

Entonces, el espíritu se aleja
como guiado por uno de esos viejos
mapas marinos.

El gato de la casa achina los ojos.

¿Quién no ha visto a veces
un dejo de ironía en ciertos animales?

UNA CARNICERÍA

Me puse a caminar por la ruta
cruzando esa línea amarilla
de un lado a otro,
cortándome en pedazos.

Cuando llegó la noche, me puse a volar
por encima de los reventadores.

La velocidad no importa,
ni siquiera la detención.

Pero la locura
siempre
necesita más grandeza.

APÓCRIFO

Es el perro falso
que vaga entre campos minados
por las cruces de la razón.

Busca huesos enterrados,
para volver a enterrarlos un poco más allá.

Un perro sudamericano,
estudiante, campesino,
obrero de la noche imaginaria.
Ángel feo de la basura.

Es el perro artificial
que vaga por llanuras de papel
para que se confunda la muerte.

Tan exacta, ella,
tan concreta
que no perdona ni a esos perros.

LAS CUATRO ESTACIONES

Este es un ceibo.
Está creciendo torcido
como todos los ceibos.

Su tronco es blando,
lo mueven los vientos del verano,
lo hincha la humedad.
Es solo un árbol
con esas rotundas variaciones
que lo convierten en ceibo.

El muchacho que trabaja la tierra
le metió un clavo oxidado
para colgar el bolso con la radio y los cigarros,
y descansar del ruido de los pájaros.

Luego cavó un pozo alrededor,
sacó sus cosas
y lo echó abajo.

Un año después,
el ceibo está brotando nuevamente
junto a una etiqueta de Camel desteñida
por el humo de la lluvia.

FRENOS DE AIRE

Aquí vamos, sostenidos por el frío,
unos tensores nos aprietan la garganta.

El viento está viajando de noche
otra vez.

Los dos sabemos que el anciano ha muerto,
pero igual volamos por la ruta
hacia la entrada del viejo hospital.

El tiempo ha decidido
dejar su carne en paz.

Dos hombres de blanco nos reciben en la entrada
como guardianes de un templo en ruinas.

Enseguida lo cubren y nos dejan afuera.

Un reloj absurdo
sigue latiendo
en la muñeca del cuerpo.

FORMAS DE VIDA

Entré de pronto en ese costado frío
pensado por la luz,
soñado por el tiempo.

Siempre hay algún individuo,
alguna minoría
viviendo en el espejo.
En esta ocasión
estaba ella como una cosa nueva
para ser creída por mis ojos.

Podría decirse que es dura
la ocupación de un espejo.
Pero, una vez adentro,
el solo acto de reflejar
no explica su existencia.

Mientras sigo pensado por la luz,
escucho en silencio los pequeños estallidos
del cuerpo que se pudre
y espero aquel instante
en que me empiece a soñar la sombra.

EN RODAJE

De pronto me levanté
y dejé un libro sobre la mesa,
los cigarrillos blancos, una taza.

Imaginé mi cara borrosa en el espejo,
el agua fresca, un volumen de aire
tibio que bajaba del secador.
Me vi volviendo a la marca del libro,
más tranquilo, más seco.

Esto es lo que hacemos:
leer como estúpidos, correr por el asfalto,
meter las manos débiles en la grasa de un motor,
jugar al ajedrez, perder,
y mirar de vez en cuando la subida
de la luna con los ojos ensangrentados.

Hacemos cosas por el estilo:
caminar contra el viento, soltar
una carcajada solitaria cuyo eco se pierde
en un callejón oscuro
y, un poco más adelante,
en eso que llaman «final».

LA CARNE JURA QUE ES CARNE

Carne rebelde, tendones para el cuchillo.
Ciertas cartas amarillas
para los amigos que buscan su fiebre mentirosa.
Torres de marfil
para los fabricantes de trampas con la lengua.
Una cabeza, como la de Michaux, contra los muros.
Dos palos torcidos, donde se recueste Lezama Lima
en su más profundo sueño roedor.
Cañones tibios y chimeneas
para los gatos de cemento.
Un cucharón,
para que la puta estremezca la sopa veinte veces.
Pisadas lejanas en la gravilla
que llegan a las orejas enormes de la perra.
Un poco de color
para la ciudad terrosa, vista desde la perra.
Una pelota de sangre
para las cabezas de los jugadores.
Árboles y esquinas
para los que orinan mientras los acecha
un quebrantahuesos.
Un poco de humedad
para los ojos aceitados de las ratas.
Más carne, de nuevo,
para el cuchillo.

Una hoja de acero mellado
para nosotros, para aquellos,
para los miles de infelices
que pisamos la tierrita desconocida
con sus mares y todo.

EXTRAVÍO

Se perdieron
el pájaro que huye del invierno,
las nubes pesadas que chocaron contra el cerro,
el infeliz que camina en los tejados de vidrio.

Se perdieron
el muelle en la niebla
el dolor ensimismado por la fiebre
la misma fiebre apagándose con la muerte.

El ladrido de mi perro,
sus pisadas entre las pequeñas piedras,
y ese corazón eléctrico
que con una tecla se enciende
y con la otra se apaga.

Se perdieron.

Y una vez que se perdieron
pude entrar en el asfalto,
en las patas nerviosas de las mesas
con esa poesía de metales y costillas,
una musa pulguienta,
la ceniza, el óxido
y esta cabeza encerrando los sonidos
como un frasco lleno de hormigas rojas.

CORTAFUEGO

Ella regresa de sus vuelos por el bosque.
La luz del sol se levanta y borra
los caminos ya trazados por el hacha.

Todo es calma.
Nos rascamos la espalda en el alambrado
como los caballos,
hablamos de la vida no densa,
de los fatigados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían las migas
y de la tristeza urbana.

El hacha desea cortarme los brazos,
tiene la hoja sucia, el mango astillado,
la dejamos tirada a un costado, entre las piedras
y nos preguntamos quiénes somos.

Después de tantos siglos preguntando, ella y yo,
nos hemos convertido en buscadores.
Suena bien: buscadores de profesión,
estamos conformes con eso.

Pero cualquiera busca.
La perra busca, el aseador municipal busca,

el motociclista busca, el envenenado busca,
el bibliotecario, el zahorí.

Dejamos tirada una bolsa de herramientas,
una tijera de podar y los guantes.

Encontradores, tal vez, podría ser,
aunque no todos encuentran.
La perra encuentra, el aseador municipal encuentra,
el motociclista encuentra, el envenenado encuentra,
el bibliotecario, a veces el zahorí.

Y salimos a encontrar
una palabra imposible de hallar con esta búsqueda.

La perra destiñéndose con el humo,
parada ahí: perra negra, sedienta,
con la lengua afuera y rosada.

La vemos hasta que ya no la vemos,
porque hemos resuelto seguir por el sendero
y ella no se atreve.
Tiene miedo a perder su puesto en el mundo,
prefiere la vida exacta frente a una casa de cemento,
adentro de una esfera cerrada de sombras y olores,
porque más allá de esos bordes
comienza el abandono.
Ya no la vemos, pero se la oye aplaudir
en una poza de agua con su lengua
como con una pala de plástico.
Slap slap slap.

Seguimos viajando en esos caminos
que solo se pueden recorrer bajo sospecha.
Rozamos las espinas, las telas de araña,
las piedras calientes, las babas del diablo.
Y aunque tenemos ganas de dormir
porque el sol agujerea nuestras cabezas
y se nos escapan los sueños,
seguimos adelante.

Todo lo que sucede
sucede entre nosotros,
como el calor, como los sonidos.

Se oye la raíz de los pinos taladrando la tierra.
Se oyen las sombras duras de los cuerpos
cuando pasan por los alambres y se cortan.
Se oye la perra, todavía,
como si tomara sopa a lo lejos.
Se oye la ruta que zumba en el fondo del olvido
y parece una abeja perdida.

Entonces vemos la tormenta de humo
que viene hacia nosotros
y empezamos a cruzar el fuego.
El cielo es un lago negro con un ojo de sangre,
los árboles se encienden.
La veo a ella, que está ahora en varios lugares a la vez,
mientras me quemo como un diario.
Ella, que es tan fría,
abre sus brazos y me apaga.

Hay otros sonidos.
El rotor de un helicóptero que abre la cremallera del aire.
El sonido de la lluvia acribillando el bosque.
El chistido del viento sobre las hojas en llamas.

Y hablamos nuevamente de la vida sutil,
de los matados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían la tristeza.

Buscamos la palabra exacta.
La encontramos, la perdemos, la volvemos
a encontrar caída entre la zarza,
ahí donde cayó el hacha cortadora.

Metemos las manos en un espejismo
y ya casi la decimos,
pero se imponen los sonidos cercanos de la ruta
donde pasan otros buscadores
y todo lo que sucede
sucede entre nosotros.

OLOR A PODRIDO

Viene del mar.
Sí, pero de dónde viene.
Viene del río.
Sí, pero de dónde viene.
Viene de la cloaca.
Sí, pero de dónde viene.
Viene de la ciudad.
Sí, pero de dónde viene.
Viene de las casas, de los cines,
los autos, los departamentos.
Sí, pero de dónde viene.
Viene de la ropa, de la cama,
de las butacas y los motores.
Sí, pero de dónde viene.
Viene del cuello, de la gasolina,
de los fierros amaestrados, de la balanza,
la sangre y la desesperación,
del humo sobre el agua, del acordeón a piano.
Sí, pero de dónde viene.
De las rejas apretadas
por las que no pasa ni siquiera un fantasma
y de la fe corrupta
o del ventilador que empuja, que trae,
que sigue trayendo
ese inexplicable olor a podrido.

CULTO

Por esa mirada que tropieza
entre los cuerpos conocidos
y desconocidos
que avanzan por la ruta.

Por la hormiga que sube a la cama,
que atraviesa las tierras de carne y género
donde un cuerpo descansa o se pudre,
y baja sin hacer nada.

Por la planta ahogada en el macetero
y sus raíces encerradas como un puño
que da golpes imperceptibles en la greda.

Por la perra, que está recién operada.

Por las piletas de sal y las marcas,
las cicatrices que dejaron en la luz de la mañana
esos cuerpos hundidos.

Por la cortina de zinc en un bar
que ya está cerrado.

Por la meada que oxida los candados.

Por las meadas como caballos después de beber
toda una noche sin regreso.

Por ella sobre el asfalto y su recuerdo
en una bolsita de *nylon*
que la protege como si fuera una luz poderosa.

Una luz
que solo se apaga.

ARQUITECTO

¿Qué cosa vas a construir?
¿Qué cosa imperfecta?

Podría ser un mundo
para que viva esta cabeza como vive la luz
adentro de los espejos:
esta cabeza no es de aquí.

Empezaría en cualquier parte,
a la orilla del mar, como tantos mundos,
en el medio de una plaza ordinaria, en el barro,
haciendo una masa con las piezas de greda
que desenterraron las hormigas.

Empezaría en el papel plateado de los cigarrillos,
en el papel sagrado del Corán, es lo mismo,
como los sueños de Kant, que se revuelven de angustia
en esta porquería calculada por destacados ingenieros,
porque no basta con hacer un soporte que
(más o menos) aguante.

Esa pared se cae sin contemplaciones.
Y se cae.

¿Qué vas a construir, arquitecto?

¿Qué cosa imperfecta?

Se cae.
Se cae, nomás.
Porque esta cabeza no me pertenece.

DE NUEVO HABLAN LOS ÁRBOLES

Saben que los entiendo.
Estaban reunidos en un costado del campo
y al andar
les pisoteamos la sombra.

Ellos hablan bastante claro.
Lo pude averiguar cuando cortaron
uno junto a mi ventana.
Amenazó, antes de caer,
que cuando enterraran al leñador
uno de los suyos llegaría por debajo
para extraer toda la humedad de su tumba.

Saben que los entiendo,
por eso se callan cuando pasamos.
No hablan como Hölderlin,
ni siquiera como Blake, quizás
su voz se parece más a la de Apollinaire:
aprendieron algunas canciones campesinas
en el medio de un silencio agujereado
por las avispas.

Hay que oírlos cuando se acerca el fuego:
es como el antiguo canto
de los esclavos en los campos de algodón.

Aquel mismo leñador bebió el jugo
que chorreaba de la corteza, aquella vez,
y dijo asegurar con eso
la salud para todo el invierno.

ENCUENTROS EN ESTADO SÓLIDO

Ese viernes los crucé pero no me vieron.
Iban distraídos, miraban hacia adelante
con los ojos esmaltados, y sonreían
como si fueran oyendo música bajo el sol.

Traté de alcanzarlos, pero no me dieron las piernas.

Ayer estuve otra vez a punto de toparme con ellos:
se nota que salimos a la misma hora.
Tampoco me vieron
aunque les hice señas de mano
y los llamé por sus nombres.

El ruido de la calle me tragó el saludo.
Nunca me gustó mi propia voz: débil, craquelada.

Por eso esta mañana decidí esperar
bajo el alero de la misma esquina
y salí a su encuentro.

Si me hubieran reconocido.
Pero me atravesaron como a la nada,
me taparon con la sombra de sus cuerpos
resueltos, como si fueran oyendo música bajo el sol,
y ahora estoy que ya no hago pie en la calle,
que ya ni siquiera peso lo suficiente
como para hacerles saber de esta pena.

VELOCIDAD MÁXIMA

Este cuerpo tiene rabia,
es una máquina ciega que mira y avanza
con la boca y con los dientes.
Lleva el hambre del Minotauro
y los carozos amargos de las frutas apestadas.

El cuerpo abre las vertientes de su propio cráneo,
aunque no puede pensar porque la furia
se come la organización de los sentidos.
Enciende su cabeza como un fósforo
y se quema hasta los huesos.

Este cuerpo tiene rabia,
junta mierda y aprieta las cisuras.
Ahí están todos: los embiste.
Ahí está la calle, la prolijidad de los cines,
los vidrios relucientes
donde se aparean el cuerpo y su reflejo.

Está en la arquitectura,
en los semáforos, en los cables.
Pisotea las calles reblandecidas por el calor de los motores
y sigue, corre como un pensamiento de lava,
tiene rabia.
Sale en las fotos, es una belleza estúpida

bebiendo el agua de las alcantarillas
y ahí están todos: les teme, los asusta.

Sentado en una plaza
de esas con gárgolas y bancos de hierro,
a la sombra de los hibiscos,
sabe que todo es verdad,
que todo es control.
Pero tiene rabia y los embiste.

SANTO, SANTO, SANTO

Tal vez mañana lo encuentren
nadando feliz sobre la ruta,
como las hojas flacas y nerviosas
de los eucaliptos.

El hijo de puta
amarró al perro con un cinturón viejo
y lo ahorcó en las ramas del patio.
El perro se dejó,
con una inocencia de mejor clase.

Ahora el hijo de puta encierra
sus gallinas gordas y el alambre tejido
brilla con el frío de la luna.

Ahora, con un fuerte dolor en el pecho.
Para qué.

EN ALGUNA PARTE

Era un hombre con muy pocas cosas.
Tenía dos o tres camisas,
algunas herramientas, un perro amarillo.

En el cuerpo llevaba escondida una foto
con padres y hermanos.

A veces arrastraba una pala de punta
y su perro, detrás, pisoteaba la huella
de la tierra helada.

Tenía dos vértebras desechas,
una radio a pilas,
el control del fuego y la ceniza
con velas y cigarrillos.

Lo demás:
sueño, miedo, rabia,
lo tienen todos los que pasan por este lugar,
donde el perro no se cansa de mear.

EL HOMBRE, DE A POCO

Le vi los ojos helados
cuando empezaban a gotear.

Dos moscas negras trepan por su carne
y se llenan las quebradas con el agua
pegajosa y lenta.
Pero de pronto se mueve el sol con la ventisca
y se congelan de nuevo los surcos.

Le alcanzamos unos despuntes de tablas
para iniciar el fuego,
así empieza a bajar el agua una vez más
como cuando se desbarrancan los hombres sin cadenas
y parecen cubos de hielo en el espacio.

Pero al rato se extingue la llama,
el sol otra vez se sale de cuadro
y los surcos se detienen.

Así la muerte, con cada alegría.

LA VIDA SIN PALABRAS

Nos vamos dando vueltas.
Vueltas en la cama, en el trabajo,
en las calles cuadradas donde los perros
ya están aprendiendo a cruzar.

Y de tanto decir estupideces
las cosas se empiezan a pulir;
uno las toca y ya los bordes
no son tan filosos como antes,
los colores entran apenas en el ojo
y cuesta cada vez más sacar la verdad de la boca.

La gente dice «cantos rodados»,
para ilustrar
aquello que se ha gastado tanto,
como un sol que sigue sumergido.

Y nos vamos dando vueltas,
vueltas en la memoria, en el monte,
en la biblioteca circular donde los ciegos
tienen que leer a tientas.

Descubrimos que la palabra «árbol»
contiene varios miles de especies.

Casi no vale la pena decir nada,
pero aún sabemos, como los perros,
exactamente cuándo ladrar.

SE AVECINAN HORAS DE MUCHO TRABAJO

Me miraste solo una vez.

Yo trabajaba en el bosque,
un bosque pequeño
donde hacía milagros con el hacha.

Puedo decir que los conocía a todos.
A todos los árboles.
A cada uno de los que oscilan
en la vida silenciosa.

Ahora salgo en tu mirada
cuando se enciende como los vidrios ardidos.
Salgo en tu mirada y me azoto
contra las ramas y los troncos
del mundo que ves.

Ellos me podrían hacer polvo,
pero se quedan callados.

DESPUÉS QUE PASÓ EL FUEGO

Donde hubo cierta concentración de plantas
y árboles que nacían como locos,
en esa guerra brutal por un poco de agua y de luz
que llaman bosque,
solo quedaron estas piedras enormes,
cubiertas de polvo quemado.

Me detuve frente a ellas
y entendí la paradoja.
Me pedían, como a un dios blando,
que las oyera en su silencio.

Yo, que pensaba vivir apenas
un segundo comparado con ellas,
aprendí en ese instante
su complejo idioma de una sola palabra,
y me quedé callado.

ZONA DE ESPEJISMOS

I

El calor había detenido el tiempo
y prensaba el aire en las formas
amargadas de los farallones.

En esta sombra espesa buscamos la vida
con varillas, como si buscáramos el agua.

Se disuelve entre las luces una ruta curva
hecha de huellas desgranadas
como gotas de un cuerpo tambaleante.

Ella dice «No»
y descubre la humedad de sus dientes
mientras vaga por la meseta rojiza
bajo una lluvia de polvo.

«No» es la piedra que saca de su pecho
y arroja
al fondo del silencio.
En ese cuerpo, cubierto de sudor,
flota lentamente el sol como un barco lejano.

Hay ojos que se arrastran sobre el paisaje blando.
Ella moja sus labios,

parece que mide la sed en su boca
pero dice: «No»
y más al norte un ave se anima a cruzar
el caldero blanco del cielo,
esfumándose con el vapor del horizonte.

El desierto la está borrando con ceniza
pero ella nos ve nítidamente,
como si fuéramos caídos en un campo de batalla,
y nos da de beber su líquido rojo iluminado.

Hubo que bajar la vista
más de una vez
para luego seguir el camino.

Su corazón, que está luchando en la arena,
emite el zumbido de una motosierra.

Los ojos ya vieron lo peor
y regresan con una mueca de desdén
guiando todos los pies hacia la ruta.

Allí flotan el tiempo y las manos
de aquella mujer que dice «No».

II

La hora está clavada en el medio de la tarde.
Los cardos parecen ángeles bajo el resplandor.

Pasan los camiones y las mitades de un perro
comido por la luz.
Ella los atraviesa
señalada por un haz que desordena
la sombra de las piedras.
El aire ha ido amontonando voces
y suspiros debajo del Puente Nuevo.

Ella no es nadie
y aprieta con su nada toda la región.
Pero se desvanece cuando suenan dos golpes
regulares, blandos,
dos letras que abren la carne y alcanzan
a manar unas gotas gruesas
mientras se eleva mansamente sobre la arena.
Y por reflejo, quizás,
vuelve a decir que «No».

III

Los hombres acuden a su encuentro
para obtener cada uno
su porción de «no».
Ella no puede manejar con sus labios
una sonrisa que le desobedece.
Sus manos empuñan el dolor
mientras el fuego llega a las zonas oscuras.
Abre los brazos y se ahoga
De su boca de seda brota
esa pequeña palabra ensangrentada.

Otra ráfaga hace vibrar el desierto.
Aún abrazada a su propio cuerpo
ante la mirada hueca y azul de la distancia,
detrás del camino recto y curvo,
las arenas se llevan su pensamiento
en espiral sobre la vida seca.

Ella no es nadie.
Nadie que dice «No».
Alguien que lo abandona todo.

ÍNDICE

Primer tramo
Kilómetro 207

Método para calcular el tiempo 17
El ahogado 18
Prodigio 19
La construcción del puente 21
El umbral donde el idiota se reía 22
Los sonidos inaudibles 23
El tanque australiano 24
Armazones de cristal 27
Una carrera con Platón 29
Tubos de gas 30
Los demolidos 32
Las diferencias entre mi padre y Kerouac 35
El exactor 36
Calle uno, *fiat lux* 37
Perdón 39
Obra 41
Cuidado con la realidad 42
Comparaciones 43
Especie 44
La memoria sola 45
La memoria compartida 46
La enfermedad 48
Asunto de fe 49
Vidas privadas 51

Tránsito 52
Calle sin salida 53
La noche en un *bergère* 55
El relojero 56
La caída 57
Medianera 59
La carrera 60
Ceda el paso 62
Lo que se ve desde aquí 64
El humedal 65
Sabiduría 67
Slow 69
Posición 70
La deconstrucción 71
Este día 73
El costado izquierdo 74
Siempre llegamos tarde 75

Segundo tramo
Maquinaria pesada

Primera 79
Segunda 80
Tercera 81
Cerca del puerto 82
Bocas 84
El cementerio 85
Una casa 86
La conversación 87
El sueño del tipo que soñaba con Borges 89

Hogueras 90
El lingote de hierro 91
El músico 93
Discusiones 94
Exactitudes 95
Mi tribu 96
Humo 97
La mezcla 98
La tierra jura que es tierra 99
Las razones del éxito 100
Los olores del pueblo 101
Otro puente 102
El pasillo 103
Otra vez fuimos al campo 105
La noche, como debe ser 106
Una carnicería 107
Apócrifo 108
Las cuatro estaciones 109
Frenos de aire 110
Formas de vida 111
En rodaje 112
La carne jura que es carne 113
Extravío 115
Cortafuego 116
Olor a podrido 120
Culto 121
Arquitecto 123
De nuevo hablan los árboles 125
Encuentros en estado sólido 127
Velocidad máxima 128
Santo, santo, santo 130

En alguna parte 131
El hombre, de a poco 132
La vida sin palabras 133
Se avecinan horas de mucho trabajo 135
Después que pasó el fuego 136
Zona de espejismos 137

Daniel Calabrese

Ruta Dos

Prólogo de Raúl Zurita



Colección Visor de Poesía

DANIEL CALABRESE (Dolores, Argentina, 1962) es autor de *La faz errante* (Premio Alfonsina, 1990), *Futura Ceniza* (1994), *Escritura en un ladrillo* (1996), *Singladuras* (1997), *Oxidario* (Premio del Fondo Nacional de las Artes, 2001), y *Ruta Dos* (Premio Revista de Libros, 2013). Traducido y editado parcialmente en inglés, italiano, y japonés. Es fundador y director de *Ærea, Revista Hispanoamericana de Poesía*. Reside actualmente en Santiago de Chile.

«Con un lenguaje contenido, preciso, de una belleza que jamás cede al alarde, como las corrientes de esos grandes estuarios que por su enorme caudal apenas parecen moverse, pero que pueden arrasar con todo cuando se intenta detenerlos, *Ruta Dos* confirma que la obra de Daniel Calabrese se cuenta entre las más rotundas y sobresalientes. Junto con otras cumbres, es una ratificación de la potencia y originalidad de la poesía latinoamericana actual, de su impresionante capacidad de renovación, de su magistralidad dolorosa e imponente».

RAÚL ZURITA

ISBN 978-84-9895-297-1



VISOR POESÍA



RUTA DOS

DANIEL CALABRESE

RUTA DOS

VISOR LIBROS

VOLUMEN CMXCVII DE LA COLECCIÓN VISOR DE POESÍA

1ª edición en Aguilar, Santiago de Chile, abril 2013
2ª edición en Fili d'Aquilone, italiano-español, Roma, julio 2015
3ª edición en esta colección, abril 2017

Cubierta: Aleksandar Andric

© Daniel Calabrese

© VISOR LIBROS
Isaac Peral, 18 - 28015 Madrid
www.visor-libros.com

ISBN: 978-84-9895-297-1
Depósito Legal: M-11866-2017

Impreso en España - Printed in Spain
Gráficas Muriel. C/ Investigación, n.º 9. P. I. Los Olivos - 28906 Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (http://www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

PALABRAS PARA *RUTA DOS*

Límpidos, heridos y a menudo maestros, desplegados en una de las secuencias más notables de la poesía de hoy, los poemas de *Ruta Dos* de Daniel Calabrese son, antes que nada, un triunfo de la poesía entendida como un arte no de las palabras sino de lo que nunca han podido decirnos las palabras.

Este libro va trazando un itinerario que es a la vez geográfico y mental, biográfico y metafísico, para alzarse en última instancia como una gran metáfora de la vida, del viaje y, por ende, del extravío.

Inspirado en un paisaje concreto, lo atraviesa una extraña religiosidad, una suerte de nostalgia de un lugar inexistente y de un tiempo al que ya no se regresará nunca, como nunca uno se baña dos veces en el mismo río. Esa radical imposibilidad está en el origen común de la utopía, del sueño y de la desgracia.

Con un lenguaje contenido, preciso, de una belleza que jamás cede al alarde, como las corrientes de esos grandes estuarios que por su enorme caudal apenas parecen moverse, pero que pueden arrasar con todo cuando se intenta detenerlos, *Ruta dos* confirma que la obra de Daniel Calabrese se cuenta entre las más rotundas y sobresalientes. Junto con otras cumbres, es una ratificación de la potencia y originalidad de la poesía latinoamericana actual, de su impresionante capacidad de renovación, de su magistralidad dolorosa e imponente.

Raúl Zurita

Con Eleonora Finkelstein,
porque todo lo que sucede
sucede entre nosotros.

A mi costado derecho

A mi costado izquierdo

A modo de Proemio
deben saber que:

La única piedra en este camino
es la luna.

Los pasajeros que viajen por primera vez
estarán dispuestos a permanecer en silencio.

Primer tramo

Kilómetro 207

MÉTODO PARA CALCULAR EL TIEMPO

Los que viven a este lado de la ruta
saben de compensaciones:
cada vez que alguien pasa rumbo al Sur
anotan la hora exacta
y dejan caer una piedra en el vacío del ser.

Quienes viven del otro lado
conocen la polaridad:
cada vez que alguien pasa en sentido contrario,
de regreso,
anotan lo mismo,
pero sacan una piedra del vacío del ser.

Así unos llenan su vacío
y otros lo despejan.

Cada cierto tiempo,
los que han llenado su vacío
cruzan por el puente viejo (que era nuevo)
y esperan con paciencia
a que pasen los regresadores del Sur,
uno tras otro,
hasta que el vacío es total.

EL AHOGADO

Deseo aclarar que no fue en un río
sino en la misma tierra donde me ahogué.

El único río que llevo en la memoria
es un estremecimiento
donde las pequeñas cosas se hunden
aunque nunca llegan a desaparecer.

A veces,
se hunden antes de que pase el río.

Y su pedido de auxilio
siempre
llega tarde.

PRODIGIO

El trabajo de este día consiste
en llevar una piedra de aquí para allá.
Es una roca muy pesada,
más que un buey,
más que una bolsa cargada de lluvia.
Es un agujero prehistórico,
un espejo negro
a punto de tragarse el mundo.

El trabajo de este día consiste
en alzar esa piedra y depositarla
suavemente en el medio del camino
para que se detengan los ciclistas,
se detenga la música de fondo,
se detenga la Ruta Dos
a la hora señalada por las arterias rojas.

Y cuando todo esté detenido,
entorpecido por la piedra,
detenidas las generaciones ilustradas y piadosas,
detenido el amor entre las cosas naturales
y las cosas manifiestas,
el trabajo, entonces,
consistirá en sacarla de ese lugar,
levantar nuevamente la piedra, con los ojos cansados,

y enterrarla por ahí, en la nada,
en ese lago de cerrada indiferencia
donde cruje la cama, alumbra el televisor,
brillan los motores,
cae el vino adentro de la luz,
se pudren la memoria y las conversaciones tristes,
y se hunden, con la piedra,
en la más completa extinción.

LA CONSTRUCCIÓN DEL PUENTE

Hicimos un viejo puente, que era nuevo.

Lo hicimos con dos brazos, una voz de cortesía
y el cerebro nipón que todos tenemos
en algún lugar del cráneo.

Lo hicimos con celulosa helicoidal,
con un haz de tubos recortados y más
y más especialización.

Hicimos un puente viejo, que era nuevo,
y nos paramos encima.

El viento cruza, ahora, por allí,
nos da en la cara.
También corre por debajo la Ruta Dos
y atraviesa un espejo curvo
que es la matriz del mundo.

Una vez parados encima
vemos desfilar a los seres vivos.
Es fácil reconocerlos porque vienen
de los campos y de las ciudades.

Vemos, además, a los muertos,
que también proceden de los campos,
y de las ciudades, pero no llevan prisa.

EL UMBRAL DONDE EL IDIOTA SE REÍA

En la esquina del café Vox,
que cerró y violentamente abrió con otro nombre,
está el idiota sentado, mirando la vereda.

Tiene un clavo entre las manos,
que usa como aguja de bordar en sus pantalones.

Mete el clavo en la tela
y lo retira
y lo mete en la tela azul
y lo retira
y lo mete con saña entre fibras que se van rompiendo
y lo retira
y lo vuelve a meter
y lo retira.

Levanta sus ojos vacíos,
mete ese clavo que tiene un poco de óxido en la cabeza
y lo retira.

La palabra «momento» se escapa de un televisor
y cruza la vereda sobre la cara del idiota
que retira el clavo del pantalón deshilachado.
Lo mete y se ríe.
Se ríe y lo retira.

LOS SONIDOS INAUDIBLES

Dejamos andar el micrófono
toda la noche en un bosque desolado.

Al otro día hicimos correr la grabación
pero no se oyó más que un soplido.
Era como el viento metálico
de un planeta estéril.

La hicimos correr más rápido.
Aparecieron entonces los ruidos bajos
como si una conversación entre dos árboles
se expandiera desde el campo
hacia la Ruta Dos.

La hicimos correr más rápido aún
y los sonidos crecieron
como la conversación de dos árboles que crecen
y que si uno escucha bien,
con la cabeza apoyada en la madera,
en algún momento parecen crujir
palabras como «espejo», «espejismo»,
y muy lentamente palabras como
«cruces», «crucetas»,
«humilladero».

EL TANQUE AUSTRALIANO

El viento golpeó toda la tarde
en las paletas del molino que arrancaba
el agua turbia de las napas.

Se fue llenando así un estanque de latas curvas,
hasta que casi desbordó
y, con mi padre, nos quedamos
hechos unos estúpidos mirando el agua revuelta
como si viéramos el mar.

Al girar la bóveda, comenzó a llegar la noche.
Ya no se extrajo el agua, se apagó el viento.
Algunos puntos de luz brotaron
en su espejo negro.
Se oyeron los grillos del verano,
un ladrido agónico a lo lejos.

Esa es «La Cruz del Sur», me dijo y señaló
despacio, como si temiera espantarla
con su brazo suspendido sobre el agua.
Y aquella formación: «El Puñal de la Mazorca».
Los ladridos se multiplicaron.

Yo pensaba en el rostro de mi madre.
Pensaba en sus ojos ya enterrados.

Me despedí de todo y entré.
Estaba muy fría el agua
y poco a poco fue embebiendo mi ropa
hasta que dejé de flotar.
No sé cuántos días transcurrieron mientras
me hundía en el silencio.
Recordé que en el «Paraíso» del Dante
no se describen sonidos,
pero eso qué podía importar.

Era un mundo sin horizonte:
por más que buscaba alrededor,
el horizonte no aparecía.

Desaparecieron, finalmente,
la luz y el tiempo.

Hasta que las aspas del molino
giraron de nuevo.
Cada succión del agua de la tierra
traía, como un golpe de remo, los recuerdos,
uno tras otro:
la bicicleta, el camino de tierra,
la puerta quejumbrosa de la casa
las veredas del pueblo desbordadas por la grama.
El motor de algún camión sobre la Ruta Dos
ahogaba unos minutos el coro de las ranas.

Todo era redondo: el horizonte
no aparecía.

Y tuve que emerger después de muchos años.

Las cosas siguen igual pero nadie me reconoce.

Ahora voy por el parque, junto al cementerio,
a visitar sus ojos ya enterrados.

Es muy grato caminar al sol
después de estar metido en el agua tanto tiempo.

ARMAZONES DE CRISTAL

La tarde en el séptimo piso
y una razón más para estar cerca del sol.

La tarde vieja, la tarde nueva, luces
en un costado, sombras en el otro.
Por favor, no empujen.

Por qué las sombras de los imbéciles
parecen tan simples.
Los autos dan vuelta a la manzana
y las paredes de la casa ennegrecen cada día.

Un poco de silencio sería lo mejor.

Abajo también hay un árbol con frutos
azules regados sobre un círculo de pasto
donde podrías estar, revuelta y confusa,
bajo la luz torcida de las siete.

Y todo se ve desde aquí arriba
con una inocencia brutal,
como en esos libros de Conrad
donde el valor era más que cualquier otra cosa.

Por favor, no empujen.

Hemos perdido demasiado tiempo.
Pero entre lo que sentías y lo que sientes ahora
no hay más que una pequeña diferencia.

UNA CARRERA CON PLATÓN

Antes de hablar alzaba una mano
para sujetarse el pecho,
a riesgo de hacerlo en un estilo trágico,
y de siete pitadas agotaba un cigarrillo.

Esa tarde encendió el motor
de su viejo automóvil
y se acostó en el pasto a escucharlo
una y otra vez.

Un alambre coincidía con el horizonte
donde se posaban unos pájaros enormes
y el hilo de la tierra se encorvaba.
Cuando alzaban vuelo, de repente,
el alambre subía y bajaba, entre el cielo y el suelo,
en eso que llaman la marcha dialéctica.
Y nadie era capaz de seguirlo.

Siete pitadas feroces: otro cigarrillo
El motor hablaba espesamente del silencio,
como si lo más oscuro del ser
encendiera con una llave de contacto.

Un viejo automóvil
detenido en el mejor momento de su vida.

TUBOS DE GAS

Alguien entrará a la casa, alguna vez,
y al encender la luz
todo estallará en mil pedazos.

Alguien hará los mejores poemas,
pero también hará los peores.

Es impresionante ver la gente en esas plazas.
Desde aquí arriba parecen ir en todas direcciones.
Su movimiento es similar a los espermios
en un microscopio.

Hay que darle al ojo.
Meter el ojo en una tubería es un ejercicio de belleza.
Las corrientes, ¿por qué vienen?
La frustración, ¿por qué?

Antes leíamos como animales que pastan
y eligen la hierba más tierna.
Pero después de un tiempo ya no.
Ahora engullimos el pasto seco,
la hojarasca masticada hasta el cansancio.
Y, como aquellos que se van de la casa más amada,
nos alejamos de la poesía amarga.

La llama es azul, aséptica,
como para que en ella no viva siquiera
una mísera salamandra.
Ahora que los fuegos son fríos,
esperamos al genio, vivimos en la sombra.

Meter el ojo en una tubería es un ejercicio de belleza.
La casa va a estar sola y por ahora
se siente mucho olor a gas.

No va a faltar el desconocido que llegue fumando.

LOS DEMOLIDOS

Aparecemos siempre desde la luz,
como los mudos que se expresan con la sombra.

Somos una combinación estrafalaria:
un poco antiguos, algo modernos,
con esta vida abandonada pero llena de brillos
y un interior de tapicerías negras.

Se oyen los ruidos propios de una demolición.
Taladros, golpes, derrumbes.
Hay humo.

Todavía nos queda una casa abierta
donde podemos dormir y ver el aire negro
raspado por las constelaciones.
Pero se oyen taladros, golpes, derrumbes.

Acostumbrados a mirar el cielo oscuro.
Acostumbrados a dormir con un ojo abierto,
estamos asomando cada día, pero cada día
el tiempo se desmorona.

Hay gente que trabaja, se oyen otros ruidos.
Hay un tipo sobre el andamio
que bordea de noche el precipicio

iluminado por algunas monedas.
Antes sonaban las guitarras y los relojes.
Pero hace tiempo que los relojes detenidos
se tiran a la basura.

Van a demoler la calle,
van a demoler las ventanas,
la luz que entra por las ventanas,
y después vendrán todas esas molestias.

La grúa operando en este paisaje cruel y hermoso,
como si una tragedia estuviera a punto de ocurrir.
Golpes de luz en el agua, en la piedra.
Golpes a la belleza de Dios y los perros violentos,
como en esas increíbles noches griegas.

(Se intensifican los golpes de martillo.)

Se oye un estruendo, cae un muro
y parece caer el soporte numérico del universo.
En cambio, la pequeña demolición de los cuerpos
no se oye,
la de la calle, la maldición de los suburbios,
la opinión chiquita de las viejas y los descaminados,
el día en que te golpearon, lenguaraz, no se oye,
ni los goterones de la sangre espesa,
ni la servilleta de papel con tu nombre escrito,
silenciosamente, no se oye.

Escuchen. Escuchen bien,
que si prestan atención

oirán esos gritos cada vez más débiles.

Queda solo una taza, un vaso,
dos o tres platos.
Ayer se vino abajo otra repisa con las vibraciones.

La delicada destrucción está pasando
justo ahora,
por este exacto lugar.

LAS DIFERENCIAS ENTRE MI PADRE Y KEROUAC

Mi padre nació un año después,
muy lejos, casi a la orilla de esta ruta.

Kerouac no tuvo, a su vez, un padre
nacido en altamar, como mi abuelo.

Y para qué iba a escribir poesía, mi padre.
En cambio Kerouac, entre católico y budista,
excedía todas las fronteras.

Papá tenía una bicicleta roja: eso es viajar.

Uf, ambos detestaron el comunismo.

Creo que si un cruce misterioso
los hubiese reunido en la mesa de algún bar
se habrían reído mucho.

Pero mi padre, que era peronista,
se emborrachó una sola vez
en toda su vida.

EL EXACTOR

Alguien caminó sobre mi tumba.

Detrás de la puerta, yo tenía un abismo
del que se sube por una cuerda interminable.

¿Podría ser esta casa un lugar
para los descarnados?

¿Podría ser esta casa un lugar
para los abastecedores de lujos?

Son las preguntas del recaudador,
el cobrador de tributos
que me sigue por el hilo del tiempo.

Esta es la idea,
una idea con números, nada más,
y dura solo un momento.

Pero se repite y se repite
hasta el cansancio.

CALLE UNO, *FIAT LUX*

Callejón Fontana.
Arriba dice «tus sueños»
(debajo de «frágil»)
y una mujer pequeña está mirando
las hojas caídas de un sauce,
arremolinadas,
bailando para ella.

Tanto trabaja el amor que algunas veces
da en el blanco, piensa.
Lleva un atado de clavelinas,
apenas se mueve y la vida la roza.

Otros murieron, ella no.
Todavía no.

Algunos agitan la vida como si pasara un tren.
Para esos fue necesaria más muerte
que la de costumbre.

Para otros, en cambio,
basta con una muerte fina, tenue,
apenas más intensa que el olvido.

Más arriba dice *fiat lux*.

La mujer pequeña mira su mano izquierda,
deja el ramo, levanta la vista,
controla el reloj del panteón
y se aleja mirándose los pies
hacia la reja de salida.

PERDÓN

Nunca antes había visto, en esta tierra,
una crucifixión.

Fue en una de esas horas de lucidez,
cuando la mente coincide con el cuerpo en tiempo real,
aquello que muchos representaron
con una luz, con una esfera regular
sobre un rostro inocente,
o el compromiso de los astros
detrás de una silueta congelada.

El pájaro estaba inmóvil,
clavado en un poste al costado
de la ruta.

Recibía una brisa que no tenía comienzo
ni tenía fin
y miraba desde atrás de sus ojos
como pidiendo disculpas.

El que venía conmigo trató de bajarlo,
acercó la mano, pero la retiró enseguida.
Parece un ave rapaz, me dijo.

Nos alejamos para seguir nuestro camino,
aunque me di vuelta como a los treinta pasos.

No vi las armas debajo de sus alas.

No me pareció un ave rapaz.

OBRA

Esta clase de estructura es muy compleja.
Nunca se construyó algo parecido
y ya sentimos la presión por terminar a tiempo.

El dios de la muerte sigue acumulando muerte.
El dios de la risa sigue acumulando risa.

Iba a ser de hierro, de tungsteno,
con los balcones caídos
como las tetas de una perra vieja
y con algunas plantas amarillas por aquí,
por allá.

Iba a ser de nada, o tal vez apenas
más concreta: de luz
con ausencia de martillazos y un soporte
que dudamos sublimar entre la música
y los suicidios con gas.

No hubo mejor amor que el de la psicodelia,
pero llegamos a destiempo,
ligeramente niños.

El dios del miedo nos vendió los seguros.
El dios del absurdo sigue acumulando gente.

CUIDADO CON LA REALIDAD

Esto es un paisaje real.
Las cosas suceden como debajo del agua,
los sonidos, tu voz, aquellos motores
que arrastran sus cargas pesadas en la ruta,
la respiración del semáforo, una luz,
la hiedra apretando la noche,
otras luces redondas en la plaza,
el aura densa de todos los objetos, como ungidos,
y las columnas, bajo la humedad de un cielo
donde retumba cada paso.

Es un lugar tan real
que todo se muestra como si existiera dos veces.

No hay vacío,
el exceso de materia no deja sitio para respirar
y entonces, cualquiera,
bajo la luz quebrada de estas ramas,
en este fondo cálido de pantano citadino,
cualquiera, digo, se vuelve un pez.

Es un paisaje demasiado real,
aunque un vidrio nos separe de los roces cotidianos,
aunque estemos sentados frente
al mundo que, en cualquier momento,
se desintegra con apenas un corte de luz.

COMPARACIONES

Ando en círculos
como si llevara un brazo
cargado de botellas,
como si me pesara más un lado,
como un pájaro que tuviera
solamente un ala.

Vivo en círculos, como un dios errante.

Tantas vueltas que doy.

Como un círculo trazado por un brazo
cargado de botellas,
como un pájaro cuyo vuelo inseguro
dura toda la eternidad,
y su peso prohibido
va del lado del corazón.

ESPECIE

Un río inmenso corre dentro de mí
como si corriera en la más terca profundidad.

Respiran en su orilla animales sedientos
que se alimentan de unos ojos
cansados y pequeños,
y todo les parece limpio.

El ruido se acompasa,
corre por calles estrechas.
El ruido golpea las ventanas,
corre también sobre la Ruta Dos
y corre encima de una plaza abandonada.
El ruido ahora se hace blando.

Animales sordos.
Animales que beben y comen
para alargar su vida.

Animales que vuelven a su río miserable,
y todo les parece limpio.

LA MEMORIA SOLA

Firdousí escribió la epopeya del Zohak.
Se la llamó *Libro de los Reyes*.

Por la *Odisea* supe del país
de los brutales cimerios
y de un sol enterrado a sus espaldas.

Yo te recuerdo, madre, todos los días.

Pero me acuerdo también
del cielo caliente de Tokio,
de las luciérnagas incontables
al costado de la Ruta Dos,
del nombre completo de Lenin,
de palabras como «odre» y «gozne» en la literatura,
y al costado de la misma ruta
los animales que morían con las patas
señalando hacia el Este.

Yo te recuerdo, madre, todos los días.

LA MEMORIA COMPARTIDA

Tiene una bandera detenida
ese raro país, en el medio de la nada,
en el medio del frío.
Sus colores están secos,
el viento la estalló contra sí misma
y hay que adivinar adónde estamos.

No es bueno, dijo el que va conmigo,
caminar tanto en contra de la luz.
Pero hace rato que viajamos
en todas direcciones,
como esos peces que pintaba Paul Klee.

Los zapatos se hunden,
el aire brega por sacar del barro
estas huellas desordenadas.
Usted sabe, dijo,
la tienda de los milagros
puede estar en esta calle o en la otra,
tal vez un poco más allá,
junto al baldío donde dejan estacionarse.

Pero la luz está en todas partes, pensé,
aunque no llegue a la cámara vacía del ojo.

Ahora bien,
si la memoria no me falla
dando vuelta en esa esquina
vamos a encontrar un viejo cine,
la casa de mis padres con su biblioteca de madera
y una puerta solitaria en medio de una larga pared
que sirve para llegar
adonde ya no queda ninguna pregunta.

No hay una biblioteca de madera,
dijo, entre mis sueños
y la llave que conservo atada al fuego
no tiene acceso a los depósitos del tiempo.

De acuerdo, entonces, sigamos vagando:
no es hora de abrir
esta pobre historia que llevo en la maleta.

LA ENFERMEDAD

Después de respirar, como lo hiciera Dostoievski,
en la humedad silenciosa
de esos cuartos mal iluminados,
se ponía a caminar sin sentido
por las calles imprecisas.

Caminaba igual que la sombra de Cortázar,
con su tranco voluminoso y aletargado,
y mientras lo hacía
silbaba aquella melodía de Mendelssohn
que tanto usó la resistencia como santo y seña
entre las calles del nazismo.

Después recalaba en algún bar
y detrás de una taza humeante
metía su cabeza entre las manos, como Kafka,
hasta que la hora lo invadía.

Entonces, iniciaba el retorno
hacia la cama con un libro
y ya no tenía ganas de levantarse
por un buen tiempo,
eso que solía hacer Proust.

Al final terminaba como todos ellos:
abrumado por la vida sencilla.

ASUNTO DE FE

No creo en los que dicen
que el miedo es grande,
que toda la poesía es de cartón,
y que la sorda disciplina del odio
busca su entrada en los cuerpos, suavemente,
como una bestia que relaja los instintos.

No vengan ahora con esos cuentos
de niñas ahogadas por el llanto.
Miren si no a los muertos
aplastados bajo esas losas.
Todos hablan de ellos
como si ya hubiesen pasado
por la cinta floja del tiempo.

Hay que ver y no creer.
Como se ve la mugre de los vasos,
la grasa en los pasamanos de esos trenes
que corren a la velocidad del fuego.

Menos juicio y más sueño,
hasta saberlo todo.

Como cuando dicen que vamos
adentro del universo,

de este lado del horizonte,
donde los clavos negros se empiezan a caer de la cruz,
y el pintor desorejado se pinta sobre un fondo
de sí mismo.
Donde aquel que se metió de todo en la sangre,
hasta un barco angosto lleno de baños, hélices
y tornillos ajustados,
está viviendo ahora con una estudiante llamada «muerte».

No creo en lo que dicen los apestados
por la luz fría.
No vengan ahora con esos cuentos.

VIDAS PRIVADAS

La muerte es pan de cada día.
El veintiséis de marzo, por ejemplo,
se quebró la última copa de aquel juego italiano.
Al llegar el invierno perdimos una caja
y en su vientre
se fue una antigua foto de mis padres.

La muerte es a cada momento.
Hace un año murió el perro de la casa
y recién ayer me di cuenta.

Todos los días la muerte.
Un choque enterró lo que pensaba
de ciertos obstáculos.
La botella se agota y se recarga
como en los peores sueños,
se agota y se vuelve a llenar cuando
rebasamos el pequeño humilladero
que todos llevamos dentro.

TRÁNSITO

No ha muerto lo que no ha muerto todavía.
Llevo una ilusión que está viajando
como el humo,
que por ahora alimenta y fortifica mis huesos.

Soy la creación imperfecta,
una imagen todavía pequeña y triste
como para dejar un trazo permanente.

Una creación inservible a punto de esfumarse.
Si no es gran cosa resistir
el viento helado en esta época
de vibraciones imperceptibles
donde la realidad dormida se despierta
con cada mentira.

No ha muerto completamente
lo que no ha muerto todavía.

CALLE SIN SALIDA

Mi enfermedad es la ilusión,
y qué remedio.

Comer poco y con frecuencia,
lo dice la escuela de Salerno,
tener los cuatro costados,
cada uno en su lugar, como en la gran orden
de la barriga del Ubú.
Mis amigos se conforman con esto
y bajo el ruido de metal de la ciudad
soportan quedamente la sana destrucción.

Caminar por el mundo abriendo los ojos,
del recuerdo al olvido, del olvido
a la memoria adulterada,
entrar por una puerta, salir por la otra,
y que nadie más pueda pasar.

No alcanzo a cerrar los párpados.
Apenas lo hago aparece tan claro
desde el fondo de las cosas,
aquel tiempo destinado a mirar hacia adelante,
donde me encuentro con mis ojos
frente a frente,
como en un espejo.

Mi enfermedad es la ilusión,
y qué remedio,
entrar por una puerta, salir por la otra,
y que nadie más pueda pasar.

LA NOCHE EN UN *BERGÈRE*

Ausente del diluvio de voces
que llega
por la espalda,
de cara a los golpes del viento en los vidrios
que reportan la presencia de un mundo frontal,
viajo sentado en esta pesada butaca,
arrastrando la porfía del corazón
por toda la sala.

Encerrado en mí mismo,
como en un vientre mitológico,
soy el viajero de una raza antigua
en la categoría de los vagabundos.

Se pudren los recuerdos, se hastían,
se escapan de la foto.

Pero con falsa torpeza me rodean,
me piden y me piden que sueñe,
que finalmente no me vaya
que no mienta
que no me quede solo con un arma cargada.

EL RELOJERO

No me pregunten cuándo sucedió,
pero recuerdo, sí, que le llevamos
un reloj antiguo de cadena, marca Longben,
para ver si tenía algún remedio.

Lo sopesó, abrió la tapa
y sus brazos se hincharon
como si levantara una camioneta.

Es bueno, dijo, 18 rubíes, enchapado,
con engranajes montados
sobre estas piedritas rojas
que son más duras que el acero.

Lo esperamos en el jardín,
donde tenía su famoso reloj de sol,
y nos quedamos pensando
en lo que fuimos, en lo que seremos
cuando los números y la luz
se equilibren delicadamente.

Está difícil, vuelvan mañana, dijo.
Y salimos de aquel lugar
por una ruta invisible,
medidos para siempre,
listos para empezar y volver a empezar.

LA CAÍDA

Un hombre se derrumba.
Parece que busca rutas olvidadas, playas,
una siembra, en aquellas regiones perdidas
donde ya no gira más el sol.

Es imposible que yo mismo sea
el hombre que cae por la ventana.

Menos mal que se desplomó
desde su propia mirada
y que una roldana lo desliza
como si sujetara un piano,
mientras la tierra lo baja y lo baja
tensando la cuerda podrida
en un lento teatro de suspenso.

Menos mal que se deshoja
y revela su peso inusitado,
como un Cristo de Grünewald.

Imposible que yo sea el que salta del mundo
y flota unos instantes sobre su propia risa.

Vuela como volaría un árbol
arrancado por las tormentas
que lavan y deslavan el aire.

Es imposible que yo sea alguna vez
el hombre que cae por esa ventana,
tan extraño, tan nítido.

MEDIANERA

Aquí siempre se va de Norte a Sur,
o simplemente se regresa.

Pero hay un tramo de la ruta
que tiene un solo costado.

En la acera derecha
deja de salir el pasto, de repente,
y las casuchas con los techos oxidados
se descontinúan.

El campo parece un mar que en la bruma
se vuelve invisible.

Un tipo arrojó una botella hacia el Este,
porque no lo podía creer.

La botella encerraba un mensaje vacío
que los pedazos de vidrio liberaron
estrellándose contra la nada.

Los accidentes, de aquel lado,
siempre quedan inconclusos.

LA CARRERA

Era la tierra.
Una simple expresión del alimento
con las cruces, los árboles,
sus pájaros migratorios,
el carbón escondido en la maleza.

Todos los años nos sentábamos
en un bote abandonado a la orilla del campo
y remábamos un rato,
todos los años,
cada día primero de noviembre.

El bote no avanzaba mucho
sobre el camino de greda.
Apenas unos metros, con esfuerzo,
y entonces nos sentíamos tan cansados,
listos para olvidarnos del amor, de las llagas,
de los perros que ladran en el pecho.

Dimos muchas vueltas alrededor del sol
en ese río de barro trajinado
contra una luz espesa.

Ahora eché raíces en el tiempo.
Ahora estoy quieto y es mejor que sigas

viajando hacia atrás
como viajan los postes, como viajan
las piedras oscuras de la orilla.

Mejor que te quedes tranquila
porque va muy lento el horizonte
y cuando por fin entiendas la carrera
estaremos listos,
fugados del terreno pegajoso,
donde sufren los ojos y se apagan las manos.

CEDA EL PASO

Hay que tener cuidado con las señales.
Este es un pueblo chico y siempre
ocurren algunas historias sencillas.

No falta el que bebe, como cree
que bebería Dylan Thomas si viviera,
y luego llega a su casa a medianoche
con los zapatos raspados, apuntando
una llave temblorosa con la mano.

Va dejando así una marca de luz
que permanece hasta que la borran
los faros de un automóvil
o simplemente se diluye en la humedad.

No falta el que bebe y después dice
que leyó completo *En busca del tiempo perdido*,
sí, completo, las siete novelas,
y que lloró al amanecer
frente a un mapa de Londres.

Tengan cuidado,
en la ruta de la entrada
suele cruzarse a veces un caballo,

algún rencor,
un árbol perdido.

Esto no es más que un pueblo chico,
aburrido y violento.

LO QUE SE VE DESDE AQUÍ

Lleva cientos de años escondida.

Viaja en un barco que no flota en el agua.

Quema los sedimentos y fluye.

Tiene la llave de la primera puerta
que conduce a esa memoria justa,
muchas veces ciega.

A ver qué te pasa cuando la atraviesas.

Lleva escondida cientos de años.

Viaja en un sueño que no tiene cabeza.

Quema las naves hundidas.

Y tiene la llave de una segunda puerta,
por la que se vuelve de la memoria cansada,
con un gesto simple.

Donde se escucha,
implacable,
el relojito que te come la vida.

EL HUMEDAL

Conocíamos los pantanos de la costa,
esos cangrejales donde solo caballos
entrenados podían navegar.

Sin embargo, una mañana fresca de septiembre,
detrás de la vía donde el tren recorta
los pastizales amarillos,
apareció la primera ciénaga.

Después se empezaron a ver otras
en esos patios grandes de las casas viejas,
en una plaza abandonada,
en el terreno donde anclaban los circos,
en el cementerio.

Eran luces muertas y caídas en cualquier parte,
redondas, como territorios envejecidos
de forma sorpresiva.

Algunos perros se empezaron a hundir
en esas manchas de silencio.
Los siguieron casas, bicicletas,
uno de los costados de la ruta,
los sueños y la lluvia

que penetró como una antorcha helada
en los martirios de la tierra.

Y detrás de todo esto, mi sombra
recordando la muerte, mi sangre
recordando la muerte.

SABIDURÍA

Podría reconocer las moscas negras del Sahara
sobre los ojos negros de un niño negro,
como cualquiera,
pero no sabría qué hacer
para explicar las teorías de Max Planck
sobre energía radiante.

Sé muy pocas cosas, en realidad,
ni siquiera alcanzo a imaginar
la muerte de las piedras.

Si me dan un tiempo
quizás pueda hablar de algún misterio:
de las sencillas luces de la Ruta Dos, por ejemplo,
o de lo que se siente al nadar
en el fondo de un tanque australiano.

Es verdad,
acaso pueda distinguir entre los edificios
la ventana que ayer se iluminaba tenuemente
para encerrarme en esta pequeña historia.
Y tal vez algo de las calles miles de veces recorridas
por estas piernas con motor,
o de los cientos de libros que son más rápidos
y ordenados que esta memoria y su lengua.

Si me dan un tiempo más, insisto,
quizás pueda hablar de Parménides
a mi manera, claro,
o de las maniobras de Roger Bacon,
pero elijo el trato justo
que me ha dado la memoria:
resucitar con los trucos más sencillos.

SLOW

Una vela está encendida
desde la hora en que salió
la luna llena: 21:27.

Me propuse
una escritura en tiempo real
con libreta, bolígrafo y esos textos
que se van estancando como en una represa.

Pero en la oscuridad,
un golpe se acerca
dos milímetros por día
hacia mi cabeza.

POSICIÓN

Soy el mozo que me atiende,
el tipo que me cuida el auto,
la vieja que lava mi ropa.
Y todos los días, un poco,
aquellos ojos que me miran desde lejos.

Soy el jefe victorioso,
ese que ordena mi vida y sus necesidades,
pero soy también un perro modesto
que merodea por la plaza
y a veces el carcelero que tiene el aura
muy chica, pegada a su cabeza.

En general, soy todos ellos
cuando tengo los ojos cerrados.

LA DECONSTRUCCIÓN

En el principio de esta página blanca
había un dios, aburrido del sol
y de los valles con ovejas.

Por eso el dios creó un pequeño dios
que apiló bolsas de tierra frente a la casa
porque la margen del río subía y subía
noche tras noche
y no lo dejaba terminar unos poemas
pensados con tristeza.

El pequeño encontró sabiduría
en la mezcla del polvo con el agua
y logró que resoplara su cansancio la luz vieja.
Así la materia empezó a moverse.

Pero el animal quería ser máquina.
Máquina de escribir, máquina de sumar,
y de confundir las cosas.

Y la vida terrible volvió a ser un papel vacío,
atravesado inútilmente por nubes y gaviotas,
donde el cielo se partía en dos
cada vez que se partía la tierra
con una ruta llena de hombres decididos.

El pequeño sintió vértigo
mientras el otro lo escribía con el puño
y llegó todas las noches cansado,
asustado,
con la necesidad de hacer nuditos para siempre
en una cuerda sin fin.

ESTE DÍA

No quiero ver si atropellan a un perro.

No quiero ver a la gente bailando en el estadio
con esa música.

No quiero ver hoy la marca de las hélices
sobre el cuero de los peces,
ni a aquel amor que corría como a doscientos en la ruta
y me pasó por encima.

No quiero ver a ese otro perro
que saca de la basura una lata de tomates,
mete su lengua húmeda
y la retira ensangrentada.

Prefiero esconder la cabeza
adentro del horno,
adentro de un sueño.

EL COSTADO IZQUIERDO

Una cabeza que parecía de lagarto
y de serpiente
asomaba entre las piedras,
al borde de una cuneta de la ruta.

Tenía escamas entre verde musgo y mostaza,
un brillo opaco, helado,
como si fuera una imagen
fotografiada en el espejo.

Está muerta, dijo el más cansado.
Pero nos acercamos y vimos
que uno de sus párpados cerrados
comenzaba a moverse.
Está abriendo un ojo, noté,
cuando el párpado volvió a titilar y se levantó
como la cortina metálica de un restaurante.
Está viva, entonces, dijo el otro.

Pero del interior salió una hormiga
con ese diminuto vaho que debió traer
en su torpeza
un insignificante olor a animal muerto.

SIEMPRE LLEGAMOS TARDE

Siempre alguien estuvo antes aquí.
Siempre llegamos tarde.

Cualquier cosa que uno haga,
por ejemplo meter la cabeza en un balde viejo,
es como ahogarse en eso que llaman memoria.

El puño enrojecido
de tanto apoyar una cara de pensador
sobre codos y rodillas
es parte de una agenda,
de una carta, quizás,
que ensayamos en una libreta
a medias abandonada.

Pero se abre la cabeza,
se echa un poco de vino
y ya tenemos la vida resuelta:
todo tiene gusto a tierra.

Da lo mismo si te insultan por teléfono.
Todo tiene gusto a tierra,
porque en este lugar prometido
siempre alguien estuvo antes aquí.
Siempre llegamos tarde.

Segundo tramo

Maquinaria pesada

PRIMERA

Este señor
vestido de camisa azul y de vaquero azul,
montado en un ruidoso John Deere,
se ha detenido en el medio del campo
que es, a esta hora bajo el sol,
un sórdido recuerdo de la luz.

Podría ser todo irreal
bajo el motor, entre los surcos.
Podría este hombre con su escritura desordenada
borrar el pensamiento de la tierra
mientras la ciudad se recorta
en silencio contra la silbatina del viento.

Dice: por aquí ya pasó la poesía,
qué va a crecer entonces.
Dice después: si ya pasó la poesía
por ese resquicio entre el caos y el orden,
pasó por entremedio
de las vallas de alambre y de madera,
pasó y murió:
hay que enterrarla,
hay que hacerle correr el tractor por encima.

Podría ser todo real,
quién lo discute.

SEGUNDA

El cazador aparta los matorrales
y espera agazapado.

Se cuida de la noche,
ha visto cómo esas luces inexplicables
salen de los pajonales,
parecen ojos que vuelan juntos
en una mirada que patrulla el horizonte circular,
luego se distancian
para ver cada uno lo suyo
sobre la tierra inmensa
y al final se apagan como cigarros
en cualquier parte.

El cazador se duerme junto a un fuego débil
y sueña con aquellas luces.
El campo sigue mórbido bajo la niebla.

Sueña que es el animal más fuerte.

TERCERA

Hombres y mujeres se despertaron
y supieron que este no era un buen lugar.

Votaron en silencio
como testigos asustados.

Unieron largas telas
y pusieron mástiles sobre las casas.

Todos de acuerdo, a cierta hora,
izaron las velas de barco en sus techos,
soltaron las amarras del pueblo
y se fueron navegando lentamente
por el campo.

Ahora no queda nada.

Si se arroja una piedra,
la piedra en este lugar
se hunde.

CERCA DEL PUERTO

Pasan los camiones.
Se llega a mezclar el humo del gasoil quemado
con la llovizna fresca de la costa.

No hay poemas perfectos
como el sol, como la sombra.

Y menos que hablen de lugares
cercanos a este puerto donde hace frío,
donde se apilan contenedores blindados
para la gente inestable y para las ratas.

Pasan las dos mitades de un perro.
La primera lleva una cabeza normal, asustada,
la otra se disipa entre la niebla y la sarna.
En la estación lo bañaron con parafina,
seguro que fue el tuerto que limpia los vidrios,
quizás le regaló un pedazo de pan
y le ordenó: ¡basta de morderte!

Que no se turbe el sueño de Pound.
Si los clásicos ya tuvieron épocas
de mayor circulación en América,
al menos aquí, cerca del puerto,

entre la maquinaria envenenada
por la mierda de las gaviotas
(donde pasan las mitades de un perro
esquivando esos camiones de carga),
ya nadie hace las cosas perfectas
como el sol, como la sombra.

BOCAS

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Hay un árbol que se ha muerto
desde hace ya varios años,
ahí mismo.

La boca negra como brea.

Por el camino de piedra
va un torrente, apenas.

Y ella, es roja como una boca
sacada con redes del mar.

Un viento duro
le derrama los ojos.

Son amantes pero no se aman.

Ella monta una bicicleta de hombre.

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Y siempre han sabido que las cosas
son lo que son.

EL CEMENTERIO

Es hora de volver a nacer
para después alegrarnos de estar vivos.
Y es bueno volver a saber esto.

Ella frota sus manos y se hunde
para nadar en el fuego.

La sombra está detrás de la sombra
en un sistema de cajas chinas,
como todo aquello que la muerte descompone
y la tierra vuelve a componer.

Yo no puedo nadar en el fuego
así, desnudo.

Yo no puedo volver a saber esto.

UNA CASA

Cómo nos vamos a enterrar contra el suelo
para construir una casa tan precaria.

Una casa donde vivan los vivos
y los otros.

Una casa de fierros, piedras,
con tubos de pvc retorcidos
y kilómetros de cables
por donde pasa la luz que apasiona a los muertos
y a los otros.

Y la luna llena estos ojos vacíos.

LA CONVERSACIÓN

Yo tenía un perro que sabía hablar.
Con sus palabras entrecomidas
me decía que no iba a actuar de Tartufo, que el sol
es una radiación que te agujerea la cabeza,
que las palmeras enterradas en el aeropuerto
son una porquería *kitsch*,
que esto, que lo otro,
y me hablaba de las perras,
sabía todo lo que hacen los hombres tristes
con su memoria,
conocía la verdad, la comida seca,
y varios trucos más.

Me dijo una vez
que los gatos orinaban las heladeras;
ahí me parece que empezó a inventar,
como cuando habló de las vidas enterradas,
hasta llegó a decir que sepultó a un hijo sucio
y que ahora, ante la muerte de la razón,
se ha convertido en un rostro de metal
que se ve desde la superficie.
Mentira.

Yo vivía con un perro que sabía decir las cosas,
aunque costaba creerle.

A decir verdad,
de vez en cuando me aburría
con esas imágenes del mundo como lo ven ellos:
hablaba de «nosotros»
y de una «lealtad entre seres sensibles».
Hagamos —ladró—
una amistad parecida a un hueso,
que se pueda enterrar y desenterrar
como un libro sagrado.

Bien,
pero no quiero que te vayas.
De ninguna manera, mintió.
Tenía ese maldito defecto.

EL SUEÑO DEL TIPO QUE SOÑABA CON BORGES

La ruta parece un río de Tesalia,
pensó, parado sobre el puente viejo.
Pero no el auténtico sino
el que Borges soñó en «El inmortal».

El asfalto pasaba lento y arrastraba
un ruidoso tractor y un grupo de casas migratorias
con velas de barcos y cazadores
que, adentro de un sueño rojo,
parecían imágenes recortadas de la noche.

Sea como fuere,
cuando ese tipo sobre el puente mira la Ruta Dos
y sueña con un río de Tesalia
se vuelve inmortal.
Y ese inmortal, uno de tantos,
decide libremente soñar que es Borges.

HOGUERAS

Absorto y ciego, frente al campo,
hace miles de años que soy
apenas
un hombre que no puede estar solo.

Hay tanta humedad.
Parece que lo que ha sido contenido
por los siglos va a crecer de golpe.

Todas las sombras están en su lugar,
la tierra es pura composición
horizontal y vertical,
horizontal
y vertical.

Traje a muchos para que noten
esta vista detrás de los alambres,
pero engañados por la distancia
no hicieron más que ver lo único
que les muestra el sol.

Había que meter las manos en la tierra.
Había que dejar las hogueras encendidas
para saber cómo se apagan
con el viento de la noche.

EL LINGOTE DE HIERRO

Aunque lo azote con brusquedad,
un viento
no podría moverlo.

El niño de la casa lo levanta con esfuerzo.
Sus manos se oxidan un poco.

Lo afirma con cuidado sobre las patas
del cachorro, para que no se vaya.

A veces lo desliza en la vereda
y un rumor sordo, como de tormenta,
raja las siestas del verano.
Nadie conoce su procedencia, pero
una vez lo usaron para aplastar fotografías.

El niño de la casa calienta el lingote al sol
y lo deja en la caja donde duerme el perro,
para que no sienta frío.

Con el paso del tren, el lingote
vibra y resbala
como si respondiera a un antiguo llamado.

Lo querían enterrar y desenterrar
para entender la muerte.

Siempre tropiezan con él y lo apartan
como a un sapo.
Dicen que cada día pesa más.

Para todos la vida va empeorando,
pero el lingote permanece casi igual.

A veces desprende una gota de herrumbre
como la que vieron salir de la nariz del vecino
antes de cerrar el ataúd.

El niño de la casa lo vuelve a dejar
bajo el sol despiadado
y mide su crecimiento.

Adentro del agua
resulta más pesado todavía.

Juega a que es un barco cerrado
y no sabe si debe salvarlo
o dejar que naufrague.

EL MÚSICO

El músico, que era muy pequeño todavía,
se encandiló una tarde y fue a dar de cabeza
contra la pared.

Quedó en el suelo, abandonado,
y mi padre lo recogió.
Teníamos un músico para nosotros.

Sin embargo, a poco andar, lo soltamos.
El músico pareció entender
y desde entonces fue, volvió,
y por cada salida acumuló un regreso.

No pudo olvidar que mi padre
lo entablilló con unos palos de fósforos
y una cinta adhesiva,
que le dio agua con un hisopo de algodón,
y lo dejó cerca de una lámpara.

Aparecía en los intervalos entre la verdad
y la repugnancia.

Nunca pudo olvidar eso,
pese a que en un pájaro caben muchos olvidos
y solo algunos recuerdos.

Eso explica su largo viaje circular.

DISCUSIONES

Conozco a uno que soñó un encuentro con Bajtín,
donde discutieron acerca de la naturaleza
ambigua de la palabra.

Mikhail Bajtín no sabía que se iba a cruzar con él,
mucho menos en rutas oníricas.

Este idiota se despertó del escenario polifónico
y creyó que había ganado aquella discusión
con su «yo» eminentemente privado,
frente a aquella porquería del «yo social».

Y cuando hablaron de la versatilidad
significativa del lenguaje, dijo
que lo desafió a escribir la historia de la imaginación
frente un grupo de científicos.

Ahora pretende contarme otros sueños,
pero antes, por el bien de estos dos grandes egos,
me gustaría escuchar la versión de Bajtín.

EXACTITUDES

Erik Satie compuso, hace más de un siglo,
las eléctricas *Gymnopedies*
y yo, cada cierto tiempo,
las escucho como un sordo.

Cuando eso hago, suelo sentarme en el jardín
mientras desenrollo la vista hacia el fondo
de la tarde.

Enseguida viene la perra, que tiene por costumbre
recostarse entre mis pies.

En escasos minutos aprendemos juntos,
en silencio y con paciencia,
nuevas cosas acerca del bien y del mal.

Cuando cesa la música recogemos la mirada
y cada uno a sus asuntos: a ladrar, a trabajar.

Y una vez más nos olvidamos de todo,
pero no para siempre.

MI TRIBU

Ellos se estiran cada día
pero no les alcanza.

Y deciden saltar pero no es suficiente.

Y cada vez que se esfuerzan
fracasan.

Somos pocos en la tribu.

Casi diría que la tribu
somos dos o tres,
y yo.

HUMO

Hay mucho humo al costado de esta ruta filosa
que despedaza los campos.

Un trabajador riega con fuego un cerro de hojas.
Apenas se despeja vemos los surcos
y una lluvia de semillas.

La ruta (que despedaza los campos)
es recta y curva a la vez,
lo pensó Heráclito
antes de morir con su cabeza llena de agua.

Estamos viajando,
el humo y la lluvia
se concentran y se disipan.

Menos mal que ninguna vida
es más importante que la mía.

LA MEZCLA

Quiero fumar, espero una llamada,
tengo que estirar las piernas.

Así viajo, con mi foco de atención
de una cosa insignificante a la otra.
Y tengo frío,
busco sentido en esa teoría del yo cambiante
y la vida como un largo cuerpo de cuatro
dimensiones extendido a lo largo del tiempo
(una ruta secundaria y personal).

Pero esos intervalos mediocres de conciencia
apenas se conectan entre sí.
Entonces quiero fumar otra vez
y espero una nueva llamada.
Salgo a estirar las piernas, concentrado,
y mi mente, que es del cuerpo,
está saciada hace rato de lecturas y conclusiones.

Quiero fumar, espero otra llamada.
Soy esa mezcla difícil entre
un animal fumador y Dios.

LA TIERRA JURA QUE ES TIERRA

Venía de enterrar al hombre, pero despertó
para despojarme otra vez de todo.

Nadie lo encontró porque nadie lo buscaba.

Muchas personas pasaron a su lado,
ahí donde está el pasto y la tierra movida.
Arrastraban las bolsas, hablaban por teléfono
y apretaban sus carteras con dinero contra el cuerpo.

El hombre despertó un día de la pudrición:
habló despacio, medio golpeado,
y se fue a vivir a un rincón del pecho
donde lo dejé volver y quedarse,
algo complacido, algo mortificado.

Somos inmortales pero en lo más mínimo.

LAS RAZONES DEL ÉXITO

¿Qué apuro hay,
pedazo de viejo?

En esta cadena demencial
las preguntas son las respuestas.

No me miren a mí
que solamente soy un hijo,
un padre.

LOS OLORES DEL PUEBLO

El olor del perro mojado por la lluvia.
El olor a sopa en la casa del herrero.
El olor y el peso de la ropa húmeda.
El olor a pasto recién cortado.
El olor a kerosén del Bram Metal.

El olor de la grasa en los fierros del tren.
El olor a jazmín en las noches calientes.
El olor del cielo, que cae.
El olor a encierro que sale de esa pieza oscura.

El olor del auto nuevo.
El olor de la marcha indecisa por la ruta.
El olor de la escala moral.
El olor a té de tilo.

El olor del agotamiento espiritual.
El olor de la botellita de *cognac*.

El olor a basura en el sifón del lavaplatos.

El olor a Dios,
cuando se empieza a descomponer y no para.

El olor del vacío.

OTRO PUENTE

Con esas vocecitas,
con esas lenguas destartaladas,
apenas cantan una canción que no puede
cruzar un puente.

Sobre aquellos palos redondos,
sobre aquellas vigas de pino
impregnadas por los fantasmas,
los tipos siguen peleando.

No saben que murieron hace mucho tiempo,
y se matan de nuevo.

EL PASILLO

La busqué en la perrera,
en las caballerizas,
la busqué en el fondo de las noches abiertas.

La busqué en la calle, en los bloques
de cemento y en la madera astillada.

Ahora estoy en el mundo conocido,
un lugar donde la oscuridad es total
y solo caen algunas gotas frías,
así como se envenena una memoria.

No recuerdo bien a mis amigos,
no puedo recordar la puerta abierta de mi casa
y cuando cierro los armarios
o bajo al sótano a sacar la bicicleta
me aturde el volumen de su voz
y aparecen entre la ropa
su rostro y su carne.

La busqué en todas partes.
¿Por qué perdimos tanto tiempo
tratando de unir nuestras cabezas?

El sol es una herramienta

que ahora necesita de mis manos
para entrar en esta fosa.

Y parece que la muerte
es solo para mí.

OTRA VEZ FUIMOS AL CAMPO

Atravesamos uno de esos bosques
bajo el perfume y la media sombra
hasta que llegamos a un claro.

Ella, que me sostenía de la mano,
me soltó para enseñar el poder
que engendra cierta luz sobre la gente.

A medida que entramos en el silencio
parecía perder el peso que la sujetaba al suelo.

Un poder que se mueve formando curvas:
y que atrae, repele, atrae, repele.

Nos quedamos mirando esa luminosidad,
sabiendo que tarde o temprano
lo interno se ajustaría con lo externo.

Ella me invitó a seguir, pero elegí
dar media vuelta e irme.

Irme, después de todo, es algo
que estoy perfeccionando con el tiempo.

LA NOCHE, COMO DEBE SER

Afuera,
bajo esa costumbre oscura del tiempo,
se callan los árboles y blasfema un gato.

Adentro,
con dos velas prendidas
y un libro mojado,
alguien invoca un espíritu.
Después de un rato se pone a martillar
un teclado con ráfagas eléctricas.

Al amanecer, se duerme con la luz roja
que rompe con suavidad la ventana.

Entonces, el espíritu se aleja
como guiado por uno de esos viejos
mapas marinos.

El gato de la casa achina los ojos.

¿Quién no ha visto a veces
un dejo de ironía en ciertos animales?

UNA CARNICERÍA

Me puse a caminar por la ruta
cruzando esa línea amarilla
de un lado a otro,
cortándome en pedazos.

Cuando llegó la noche, me puse a volar
por encima de los reventadores.

La velocidad no importa,
ni siquiera la detención.

Pero la locura
siempre
necesita más grandeza.

APÓCRIFO

Es el perro falso
que vaga entre campos minados
por las cruces de la razón.

Busca huesos enterrados,
para volver a enterrarlos un poco más allá.

Un perro sudamericano,
estudiante, campesino,
obrero de la noche imaginaria.
Ángel feo de la basura.

Es el perro artificial
que vaga por llanuras de papel
para que se confunda la muerte.

Tan exacta, ella,
tan concreta
que no perdona ni a esos perros.

LAS CUATRO ESTACIONES

Este es un ceibo.
Está creciendo torcido
como todos los ceibos.

Su tronco es blando,
lo mueven los vientos del verano,
lo hincha la humedad.
Es solo un árbol
con esas rotundas variaciones
que lo convierten en ceibo.

El muchacho que trabaja la tierra
le metió un clavo oxidado
para colgar el bolso con la radio y los cigarros,
y descansar del ruido de los pájaros.

Luego cavó un pozo alrededor,
sacó sus cosas
y lo echó abajo.

Un año después,
el ceibo está brotando nuevamente
junto a una etiqueta de Camel desteñida
por el humo de la lluvia.

FRENOS DE AIRE

Aquí vamos, sostenidos por el frío,
unos tensores nos aprietan la garganta.

El viento está viajando de noche
otra vez.

Los dos sabemos que el anciano ha muerto,
pero igual volamos por la ruta
hacia la entrada del viejo hospital.

El tiempo ha decidido
dejar su carne en paz.

Dos hombres de blanco nos reciben en la entrada
como guardianes de un templo en ruinas.

Enseguida lo cubren y nos dejan afuera.

Un reloj absurdo
sigue latiendo
en la muñeca del cuerpo.

FORMAS DE VIDA

Entré de pronto en ese costado frío
pensado por la luz,
soñado por el tiempo.

Siempre hay algún individuo,
alguna minoría
viviendo en el espejo.
En esta ocasión
estaba ella como una cosa nueva
para ser creída por mis ojos.

Podría decirse que es dura
la ocupación de un espejo.
Pero, una vez adentro,
el solo acto de reflejar
no explica su existencia.

Mientras sigo pensado por la luz,
escucho en silencio los pequeños estallidos
del cuerpo que se pudre
y espero aquel instante
en que me empiece a soñar la sombra.

EN RODAJE

De pronto me levanté
y dejé un libro sobre la mesa,
los cigarrillos blancos, una taza.

Imaginé mi cara borrosa en el espejo,
el agua fresca, un volumen de aire
tibio que bajaba del secador.
Me vi volviendo a la marca del libro,
más tranquilo, más seco.

Esto es lo que hacemos:
leer como estúpidos, correr por el asfalto,
meter las manos débiles en la grasa de un motor,
jugar al ajedrez, perder,
y mirar de vez en cuando la subida
de la luna con los ojos ensangrentados.

Hacemos cosas por el estilo:
caminar contra el viento, soltar
una carcajada solitaria cuyo eco se pierde
en un callejón oscuro
y, un poco más adelante,
en eso que llaman «final».

LA CARNE JURA QUE ES CARNE

Carne rebelde, tendones para el cuchillo.
Ciertas cartas amarillas
para los amigos que buscan su fiebre mentirosa.
Torres de marfil
para los fabricantes de trampas con la lengua.
Una cabeza, como la de Michaux, contra los muros.
Dos palos torcidos, donde se recueste Lezama Lima
en su más profundo sueño roedor.
Cañones tibios y chimeneas
para los gatos de cemento.
Un cucharón,
para que la puta estremezca la sopa veinte veces.
Pisadas lejanas en la gravilla
que llegan a las orejas enormes de la perra.
Un poco de color
para la ciudad terrosa, vista desde la perra.
Una pelota de sangre
para las cabezas de los jugadores.
Árboles y esquinas
para los que orinan mientras los acecha
un quebrantahuesos.
Un poco de humedad
para los ojos aceitados de las ratas.
Más carne, de nuevo,
para el cuchillo.

Una hoja de acero mellado
para nosotros, para aquellos,
para los miles de infelices
que pisamos la tierrita desconocida
con sus mares y todo.

EXTRAVÍO

Se perdieron
el pájaro que huye del invierno,
las nubes pesadas que chocaron contra el cerro,
el infeliz que camina en los tejados de vidrio.

Se perdieron
el muelle en la niebla
el dolor ensimismado por la fiebre
la misma fiebre apagándose con la muerte.

El ladrido de mi perro,
sus pisadas entre las pequeñas piedras,
y ese corazón eléctrico
que con una tecla se enciende
y con la otra se apaga.

Se perdieron.

Y una vez que se perdieron
pude entrar en el asfalto,
en las patas nerviosas de las mesas
con esa poesía de metales y costillas,
una musa pulguienta,
la ceniza, el óxido
y esta cabeza encerrando los sonidos
como un frasco lleno de hormigas rojas.

CORTAFUEGO

Ella regresa de sus vuelos por el bosque.
La luz del sol se levanta y borra
los caminos ya trazados por el hacha.

Todo es calma.
Nos rascamos la espalda en el alambrado
como los caballos,
hablamos de la vida no densa,
de los fatigados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían las migas
y de la tristeza urbana.

El hacha desea cortarme los brazos,
tiene la hoja sucia, el mango astillado,
la dejamos tirada a un costado, entre las piedras
y nos preguntamos quiénes somos.

Después de tantos siglos preguntando, ella y yo,
nos hemos convertido en buscadores.
Suena bien: buscadores de profesión,
estamos conformes con eso.

Pero cualquiera busca.
La perra busca, el aseador municipal busca,

el motociclista busca, el envenenado busca,
el bibliotecario, el zahorí.

Dejamos tirada una bolsa de herramientas,
una tijera de podar y los guantes.

Encontradores, tal vez, podría ser,
aunque no todos encuentran.
La perra encuentra, el aseador municipal encuentra,
el motociclista encuentra, el envenenado encuentra,
el bibliotecario, a veces el zahorí.

Y salimos a encontrar
una palabra imposible de hallar con esta búsqueda.

La perra destiñéndose con el humo,
parada ahí: perra negra, sedienta,
con la lengua afuera y rosada.

La vemos hasta que ya no la vemos,
porque hemos resuelto seguir por el sendero
y ella no se atreve.
Tiene miedo a perder su puesto en el mundo,
prefiere la vida exacta frente a una casa de cemento,
adentro de una esfera cerrada de sombras y olores,
porque más allá de esos bordes
comienza el abandono.
Ya no la vemos, pero se la oye aplaudir
en una poza de agua con su lengua
como con una pala de plástico.
Slap slap slap.

Seguimos viajando en esos caminos
que solo se pueden recorrer bajo sospecha.
Rozamos las espinas, las telas de araña,
las piedras calientes, las babas del diablo.
Y aunque tenemos ganas de dormir
porque el sol agujerea nuestras cabezas
y se nos escapan los sueños,
seguimos adelante.

Todo lo que sucede
sucede entre nosotros,
como el calor, como los sonidos.

Se oye la raíz de los pinos taladrando la tierra.
Se oyen las sombras duras de los cuerpos
cuando pasan por los alambres y se cortan.
Se oye la perra, todavía,
como si tomara sopa a lo lejos.
Se oye la ruta que zumba en el fondo del olvido
y parece una abeja perdida.

Entonces vemos la tormenta de humo
que viene hacia nosotros
y empezamos a cruzar el fuego.
El cielo es un lago negro con un ojo de sangre,
los árboles se encienden.
La veo a ella, que está ahora en varios lugares a la vez,
mientras me quemo como un diario.
Ella, que es tan fría,
abre sus brazos y me apaga.

Hay otros sonidos.
El rotor de un helicóptero que abre la cremallera del aire.
El sonido de la lluvia acribillando el bosque.
El chistido del viento sobre las hojas en llamas.

Y hablamos nuevamente de la vida sutil,
de los matados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían la tristeza.

Buscamos la palabra exacta.
La encontramos, la perdemos, la volvemos
a encontrar caída entre la zarza,
ahí donde cayó el hacha cortadora.

Metemos las manos en un espejismo
y ya casi la decimos,
pero se imponen los sonidos cercanos de la ruta
donde pasan otros buscadores
y todo lo que sucede
sucede entre nosotros.

OLOR A PODRIDO

Viene del mar.
Sí, pero de dónde viene.
Viene del río.
Sí, pero de dónde viene.
Viene de la cloaca.
Sí, pero de dónde viene.
Viene de la ciudad.
Sí, pero de dónde viene.
Viene de las casas, de los cines,
los autos, los departamentos.
Sí, pero de dónde viene.
Viene de la ropa, de la cama,
de las butacas y los motores.
Sí, pero de dónde viene.
Viene del cuello, de la gasolina,
de los fierros amaestrados, de la balanza,
la sangre y la desesperación,
del humo sobre el agua, del acordeón a piano.
Sí, pero de dónde viene.
De las rejas apretadas
por las que no pasa ni siquiera un fantasma
y de la fe corrupta
o del ventilador que empuja, que trae,
que sigue trayendo
ese inexplicable olor a podrido.

CULTO

Por esa mirada que tropieza
entre los cuerpos conocidos
y desconocidos
que avanzan por la ruta.

Por la hormiga que sube a la cama,
que atraviesa las tierras de carne y género
donde un cuerpo descansa o se pudre,
y baja sin hacer nada.

Por la planta ahogada en el macetero
y sus raíces encerradas como un puño
que da golpes imperceptibles en la greda.

Por la perra, que está recién operada.

Por las piletas de sal y las marcas,
las cicatrices que dejaron en la luz de la mañana
esos cuerpos hundidos.

Por la cortina de zinc en un bar
que ya está cerrado.

Por la meada que oxida los candados.

Por las meadas como caballos después de beber
toda una noche sin regreso.

Por ella sobre el asfalto y su recuerdo
en una bolsita de *nylon*
que la protege como si fuera una luz poderosa.

Una luz
que solo se apaga.

ARQUITECTO

¿Qué cosa vas a construir?
¿Qué cosa imperfecta?

Podría ser un mundo
para que viva esta cabeza como vive la luz
adentro de los espejos:
esta cabeza no es de aquí.

Empezaría en cualquier parte,
a la orilla del mar, como tantos mundos,
en el medio de una plaza ordinaria, en el barro,
haciendo una masa con las piezas de greda
que desenterraron las hormigas.

Empezaría en el papel plateado de los cigarrillos,
en el papel sagrado del Corán, es lo mismo,
como los sueños de Kant, que se revuelven de angustia
en esta porquería calculada por destacados ingenieros,
porque no basta con hacer un soporte que
(más o menos) aguante.

Esa pared se cae sin contemplaciones.
Y se cae.

¿Qué vas a construir, arquitecto?

¿Qué cosa imperfecta?

Se cae.
Se cae, nomás.
Porque esta cabeza no me pertenece.

DE NUEVO HABLAN LOS ÁRBOLES

Saben que los entiendo.
Estaban reunidos en un costado del campo
y al andar
les pisoteamos la sombra.

Ellos hablan bastante claro.
Lo pude averiguar cuando cortaron
uno junto a mi ventana.
Amenazó, antes de caer,
que cuando enterraran al leñador
uno de los suyos llegaría por debajo
para extraer toda la humedad de su tumba.

Saben que los entiendo,
por eso se callan cuando pasamos.
No hablan como Hölderlin,
ni siquiera como Blake, quizás
su voz se parece más a la de Apollinaire:
aprendieron algunas canciones campesinas
en el medio de un silencio agujereado
por las avispas.

Hay que oírlos cuando se acerca el fuego:
es como el antiguo canto
de los esclavos en los campos de algodón.

Aquel mismo leñador bebió el jugo
que chorreaba de la corteza, aquella vez,
y dijo asegurar con eso
la salud para todo el invierno.

ENCUENTROS EN ESTADO SÓLIDO

Ese viernes los crucé pero no me vieron.
Iban distraídos, miraban hacia adelante
con los ojos esmaltados, y sonreían
como si fueran oyendo música bajo el sol.

Traté de alcanzarlos, pero no me dieron las piernas.

Ayer estuve otra vez a punto de toparme con ellos:
se nota que salimos a la misma hora.
Tampoco me vieron
aunque les hice señas de mano
y los llamé por sus nombres.

El ruido de la calle me tragó el saludo.
Nunca me gustó mi propia voz: débil, craquelada.

Por eso esta mañana decidí esperar
bajo el alero de la misma esquina
y salí a su encuentro.

Si me hubieran reconocido.
Pero me atravesaron como a la nada,
me taparon con la sombra de sus cuerpos
resueltos, como si fueran oyendo música bajo el sol,
y ahora estoy que ya no hago pie en la calle,
que ya ni siquiera peso lo suficiente
como para hacerles saber de esta pena.

VELOCIDAD MÁXIMA

Este cuerpo tiene rabia,
es una máquina ciega que mira y avanza
con la boca y con los dientes.
Lleva el hambre del Minotauro
y los carozos amargos de las frutas apestadas.

El cuerpo abre las vertientes de su propio cráneo,
aunque no puede pensar porque la furia
se come la organización de los sentidos.
Enciende su cabeza como un fósforo
y se quema hasta los huesos.

Este cuerpo tiene rabia,
junta mierda y aprieta las cisuras.
Ahí están todos: los embiste.
Ahí está la calle, la prolijidad de los cines,
los vidrios relucientes
donde se aparean el cuerpo y su reflejo.

Está en la arquitectura,
en los semáforos, en los cables.
Pisotea las calles reblandecidas por el calor de los motores
y sigue, corre como un pensamiento de lava,
tiene rabia.
Sale en las fotos, es una belleza estúpida

bebiendo el agua de las alcantarillas
y ahí están todos: les teme, los asusta.

Sentado en una plaza
de esas con gárgolas y bancos de hierro,
a la sombra de los hibiscos,
sabe que todo es verdad,
que todo es control.
Pero tiene rabia y los embiste.

SANTO, SANTO, SANTO

Tal vez mañana lo encuentren
nadando feliz sobre la ruta,
como las hojas flacas y nerviosas
de los eucaliptos.

El hijo de puta
amarró al perro con un cinturón viejo
y lo ahorcó en las ramas del patio.
El perro se dejó,
con una inocencia de mejor clase.

Ahora el hijo de puta encierra
sus gallinas gordas y el alambre tejido
brilla con el frío de la luna.

Ahora, con un fuerte dolor en el pecho.
Para qué.

EN ALGUNA PARTE

Era un hombre con muy pocas cosas.
Tenía dos o tres camisas,
algunas herramientas, un perro amarillo.

En el cuerpo llevaba escondida una foto
con padres y hermanos.

A veces arrastraba una pala de punta
y su perro, detrás, pisoteaba la huella
de la tierra helada.

Tenía dos vértebras desechas,
una radio a pilas,
el control del fuego y la ceniza
con velas y cigarrillos.

Lo demás:
sueño, miedo, rabia,
lo tienen todos los que pasan por este lugar,
donde el perro no se cansa de mear.

EL HOMBRE, DE A POCO

Le vi los ojos helados
cuando empezaban a gotear.

Dos moscas negras trepan por su carne
y se llenan las quebradas con el agua
pegajosa y lenta.
Pero de pronto se mueve el sol con la ventisca
y se congelan de nuevo los surcos.

Le alcanzamos unos despuntes de tablas
para iniciar el fuego,
así empieza a bajar el agua una vez más
como cuando se desbarrancan los hombres sin cadenas
y parecen cubos de hielo en el espacio.

Pero al rato se extingue la llama,
el sol otra vez se sale de cuadro
y los surcos se detienen.

Así la muerte, con cada alegría.

LA VIDA SIN PALABRAS

Nos vamos dando vueltas.
Vueltas en la cama, en el trabajo,
en las calles cuadradas donde los perros
ya están aprendiendo a cruzar.

Y de tanto decir estupideces
las cosas se empiezan a pulir;
uno las toca y ya los bordes
no son tan filosos como antes,
los colores entran apenas en el ojo
y cuesta cada vez más sacar la verdad de la boca.

La gente dice «cantos rodados»,
para ilustrar
aquello que se ha gastado tanto,
como un sol que sigue sumergido.

Y nos vamos dando vueltas,
vueltas en la memoria, en el monte,
en la biblioteca circular donde los ciegos
tienen que leer a tientas.

Descubrimos que la palabra «árbol»
contiene varios miles de especies.

Casi no vale la pena decir nada,
pero aún sabemos, como los perros,
exactamente cuándo ladrar.

SE AVECINAN HORAS DE MUCHO TRABAJO

Me miraste solo una vez.

Yo trabajaba en el bosque,
un bosque pequeño
donde hacía milagros con el hacha.

Puedo decir que los conocía a todos.
A todos los árboles.
A cada uno de los que oscilan
en la vida silenciosa.

Ahora salgo en tu mirada
cuando se enciende como los vidrios ardidos.
Salgo en tu mirada y me azoto
contra las ramas y los troncos
del mundo que ves.

Ellos me podrían hacer polvo,
pero se quedan callados.

DESPUÉS QUE PASÓ EL FUEGO

Donde hubo cierta concentración de plantas
y árboles que nacían como locos,
en esa guerra brutal por un poco de agua y de luz
que llaman bosque,
solo quedaron estas piedras enormes,
cubiertas de polvo quemado.

Me detuve frente a ellas
y entendí la paradoja.
Me pedían, como a un dios blando,
que las oyera en su silencio.

Yo, que pensaba vivir apenas
un segundo comparado con ellas,
aprendí en ese instante
su complejo idioma de una sola palabra,
y me quedé callado.

ZONA DE ESPEJISMOS

I

El calor había detenido el tiempo
y prensaba el aire en las formas
amargadas de los farallones.

En esta sombra espesa buscamos la vida
con varillas, como si buscáramos el agua.

Se disuelve entre las luces una ruta curva
hecha de huellas desgranadas
como gotas de un cuerpo tambaleante.

Ella dice «No»
y descubre la humedad de sus dientes
mientras vaga por la meseta rojiza
bajo una lluvia de polvo.

«No» es la piedra que saca de su pecho
y arroja
al fondo del silencio.
En ese cuerpo, cubierto de sudor,
flota lentamente el sol como un barco lejano.

Hay ojos que se arrastran sobre el paisaje blando.
Ella moja sus labios,

parece que mide la sed en su boca
pero dice: «No»
y más al norte un ave se anima a cruzar
el caldero blanco del cielo,
esfumándose con el vapor del horizonte.

El desierto la está borrando con ceniza
pero ella nos ve nítidamente,
como si fuéramos caídos en un campo de batalla,
y nos da de beber su líquido rojo iluminado.

Hubo que bajar la vista
más de una vez
para luego seguir el camino.

Su corazón, que está luchando en la arena,
emite el zumbido de una motosierra.

Los ojos ya vieron lo peor
y regresan con una mueca de desdén
guiando todos los pies hacia la ruta.

Allí flotan el tiempo y las manos
de aquella mujer que dice «No».

II

La hora está clavada en el medio de la tarde.
Los cardos parecen ángeles bajo el resplandor.

Pasan los camiones y las mitades de un perro
comido por la luz.
Ella los atraviesa
señalada por un haz que desordena
la sombra de las piedras.
El aire ha ido amontonando voces
y suspiros debajo del Puente Nuevo.

Ella no es nadie
y aprieta con su nada toda la región.
Pero se desvanece cuando suenan dos golpes
regulares, blandos,
dos letras que abren la carne y alcanzan
a manar unas gotas gruesas
mientras se eleva mansamente sobre la arena.
Y por reflejo, quizás,
vuelve a decir que «No».

III

Los hombres acuden a su encuentro
para obtener cada uno
su porción de «no».
Ella no puede manejar con sus labios
una sonrisa que le desobedece.
Sus manos empuñan el dolor
mientras el fuego llega a las zonas oscuras.
Abre los brazos y se ahoga
De su boca de seda brota
esa pequeña palabra ensangrentada.

Otra ráfaga hace vibrar el desierto.
Aún abrazada a su propio cuerpo
ante la mirada hueca y azul de la distancia,
detrás del camino recto y curvo,
las arenas se llevan su pensamiento
en espiral sobre la vida seca.

Ella no es nadie.
Nadie que dice «No».
Alguien que lo abandona todo.

ÍNDICE

Primer tramo
Kilómetro 207

Método para calcular el tiempo 17
El ahogado 18
Prodigio 19
La construcción del puente 21
El umbral donde el idiota se reía 22
Los sonidos inaudibles 23
El tanque australiano 24
Armazones de cristal 27
Una carrera con Platón 29
Tubos de gas 30
Los demolidos 32
Las diferencias entre mi padre y Kerouac 35
El exactor 36
Calle uno, *fiat lux* 37
Perdón 39
Obra 41
Cuidado con la realidad 42
Comparaciones 43
Especie 44
La memoria sola 45
La memoria compartida 46
La enfermedad 48
Asunto de fe 49
Vidas privadas 51

Tránsito 52
Calle sin salida 53
La noche en un *bergère* 55
El relojero 56
La caída 57
Medianera 59
La carrera 60
Ceda el paso 62
Lo que se ve desde aquí 64
El humedal 65
Sabiduría 67
Slow 69
Posición 70
La deconstrucción 71
Este día 73
El costado izquierdo 74
Siempre llegamos tarde 75

Segundo tramo
Maquinaria pesada

Primera 79
Segunda 80
Tercera 81
Cerca del puerto 82
Bocas 84
El cementerio 85
Una casa 86
La conversación 87
El sueño del tipo que soñaba con Borges 89

Hogueras 90
El lingote de hierro 91
El músico 93
Discusiones 94
Exactitudes 95
Mi tribu 96
Humo 97
La mezcla 98
La tierra jura que es tierra 99
Las razones del éxito 100
Los olores del pueblo 101
Otro puente 102
El pasillo 103
Otra vez fuimos al campo 105
La noche, como debe ser 106
Una carnicería 107
Apócrifo 108
Las cuatro estaciones 109
Frenos de aire 110
Formas de vida 111
En rodaje 112
La carne jura que es carne 113
Extravío 115
Cortafuego 116
Olor a podrido 120
Culto 121
Arquitecto 123
De nuevo hablan los árboles 125
Encuentros en estado sólido 127
Velocidad máxima 128
Santo, santo, santo 130

En alguna parte 131
El hombre, de a poco 132
La vida sin palabras 133
Se avecinan horas de mucho trabajo 135
Después que pasó el fuego 136
Zona de espejismos 137